

En *La ciudad en la historia* Lewis Mumford arranca de una interpretación radicalmente innovadora sobre el origen y la naturaleza de la ciudad, y sigue su evolución en Egipto y Mesopotamia pasando por Grecia, Roma y la Edad Media hasta llegar al mundo moderno. En lugar de aceptar que el destino de la ciudad sea la tendencia a la congestión metropolitana, la expansión descontrolada de los suburbios y la desintegración social, Mumford esboza un orden que integre las instalaciones técnicas con las necesidades biológicas y las normas sociales. Tan convincente como exhaustiva, esta obra de Mumford «es mucho más que el estudio de la cultura urbana a lo largo de los siglos, es una revitalización de las civilizaciones» (*Kirkuk Reviews*).

Este libro, que nunca antes se había editado en España, fue reconocido como una obra excepcional desde el momento de su publicación en 1961 y fue ampliamente laureado y galardonado con diversos premios, entre ellos el National Book Award de 1962. Es un libro fundamental, una de las obras más importantes del siglo XX.

Índice

CAPÍTULO I

Santuario, aldea y fortaleza

CAPÍTULO II

La cristalización de la ciudad

CAPÍTULO III

Formas y pautas ancestrales

CAPÍTULO IV

La naturaleza de la ciudad antigua

CAPÍTULO V

Surgimiento de la *polis*

CAPÍTULO VI

Ciudadano frente a ciudad ideal

CAPÍTULO VII

Absolutismo helenístico y vida urbana

CAPÍTULO VIII

De Megalópolis a Necrópolis

CAPÍTULO IX

Claustro y comunidad

CAPÍTULO X

El orden doméstico en la ciudad medieval

CAPÍTULO XI

Quebrantos medievales y anticipos de la vida moderna

CAPÍTULO XII

La estructura del poder barroco

CAPÍTULO XIII

Corte, desfile y capital

CAPÍTULO XIV

Expansión comercial y disolución urbana

CAPÍTULO XV

Paraíso paleotécnico: Coketown

CAPÍTULO XVI

Suburbios... y más allá

CAPÍTULO XVII

El mito de Megalópolis

CAPÍTULO XVIII

Visión retrospectiva y perspectiva

Láminas

Bibliografía

Agradecimientos

Índice onomástico

Índice de localidades.

Notas

ESTE LIBRO COMIENZA con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; termina con un mundo que se ha convertido, en muchos aspectos prácticos, en una ciudad. Al seguir esta evolución he procurado ocuparme de las formas y funciones de la ciudad, así como de los propósitos que han surgido de ella; y confío haber demostrado que la ciudad tendrá que desempeñar en el futuro un papel todavía más significativo que en el pasado, si llega a despojarse de los defectos de origen que la han acompañado en el curso de la historia.

Como en todos mis otros estudios sobre la ciudad, me he limitado, en la medida de lo posible, a ciudades y regiones que conozco de primera mano, y a datos que he analizado durante largo tiempo. Esto me ha obligado a limitarme a la civilización occidental e incluso, dentro de ella, me he visto en la necesidad de pasar por alto regiones relevantes: España y América Latina, Palestina, Europa oriental y la Unión Soviética. Deploro estas omisiones; pero como mi método requiere la experiencia y la observación directas, que no pueden sustituirse con libros, me llevaría otra vida realizarlas.

La ciudad en la historia remplaza, dicho sea de paso, las limitadas secciones históricas de *La cultura de las ciudades*: partes de los cuatro, primeros capítulos se encuentran ahora integradas en los dieciocho de la presente obra, que la supera en extensión más de dos veces. Si de vez en cuando el lector tropieza con un fragmento en ruinas de aquel edificio más antiguo, preservado bajo un edificio completamente diferente, como un fragmento de las murallas servianas de Roma, no me atribuya excesiva piedad. Solo he conservado aquello que no he tenido bastante destreza para mejorar o recursos suficientes para ampliar. El material así

preservado tiene por objeto dar al libro una continuidad orgánica y una solidez que tal vez le habrían faltado si hubiera pasado por alto la anterior estructura y si, cual un especulador del suelo, hubiera aplanado todo el terreno. En esto se refleja, con eficacia simbólica, el crecimiento histórico de la propia ciudad.

L. M.
Amenia, Nueva York^[1]

Santuario, aldea y fortaleza

1. LA CIUDAD EN LA HISTORIA

¿Qué es la ciudad? ¿Cómo surgió? ¿Qué procesos promueve, qué funciones desempeña, qué propósitos cumple? No hay definición única que se aplique a todas sus manifestaciones y una sola descripción no puede abarcar todas sus transformaciones, desde el núcleo social embrionario hasta las formas complejas de su madurez y la desintegración corporal de su senectud. Los orígenes de la ciudad son oscuros, gran parte de su pasado está enterrado o borrado de modo tal que resulta irrecuperable y es difícil apreciar sus perspectivas en el futuro.

¿Desaparecerá la ciudad o el planeta entero se convertirá en una vasta colmena humana (lo que sería otro modo de desaparición)? Las necesidades y los deseos que han movido a los hombres a vivir en ciudades ¿pueden recuperar, en un nivel aún más elevado, todo lo que Jerusalén, Atenas o Florencia otrora parecieron prometer? ¿Hay una opción viva a mitad de camino entre Necrópolis y Utopía, es decir, la posibilidad de edificar un tipo nuevo de ciudad que, liberada de contradicciones internas, enriquezca positivamente y promueva el desarrollo humano?

Si queremos sentar unas bases nuevas para la vida humana debemos comprender la naturaleza histórica de la ciudad y distinguir, entre sus funciones originales, las que han surgido de ella y las que aún pueden manifestarse. Sin un prolongado empujón en la historia no llegaremos a tener el ímpetu necesario, en nuestra conciencia, para dar un salto lo suficientemente atrevido hacia el futuro; pues gran parte de nuestros planes actuales, sin excluir muchos que se vanaglorian de ser «avanzados» o «progresistas»,

son monótonas caricaturas mecánicas de las formas urbanas y regionales que se hallan hoy potencialmente a nuestro alcance.

Puesto que ha llevado más de cinco mil años llegar a lo que solo es una comprensión parcial de la naturaleza y el drama de la ciudad, tal vez requiera un lapso aún más largo la empresa de agotar su potencial todavía no realizado. En la aurora de la historia la ciudad es ya una forma madura. En nuestro intento por llegar a una visión mejor del estado actual de la ciudad debemos otear por encima del horizonte histórico a fin de detectar las tenues huellas de estructuras anteriores y de funciones más primitivas. Tal es nuestra primera tarea. Pero no abandonaremos esta pista hasta que no la hayamos seguido, con todos sus recodos y retrocesos, a través de cinco mil años de historia escrita, hacia el futuro que despunta.

Cuando por fin lleguemos a nuestra época, comprobaremos que la sociedad urbana ha llegado a un punto en que los caminos se separan. Entonces, con una conciencia más aguda de nuestro pasado y con una comprensión más nítida de decisiones tomadas largo tiempo atrás, y que a menudo nos rigen todavía, estaremos en condiciones de examinar la disyuntiva que ahora enfrenta al hombre y que, de uno u otro modo, en última instancia lo transformará, a saber, la de si se consagrará al desarrollo de su propia humanidad más profunda o bien si se rendirá a las fuerzas ya casi automáticas que él mismo ha puesto en marcha, cediendo el lugar a su otro yo deshumanizado: el «hombre posthistórico». Esta segunda opción llevaría aparejada una paulatina pérdida de sentimientos, de emoción, de audacia creadora y, por último, de conciencia.

Muchas ciudades, muchas instituciones educativas y organizaciones políticas existentes han aprisionado ya al hombre posthistórico. Esta obediente criatura no tendrá necesidad de la ciudad: lo que alguna vez fue una ciudad se reducirá a las dimensiones de un centro subterráneo de control, pues, en beneficio del control y del automatismo, todos los demás atributos de la vida serán revocados. Antes de que la mayoría de la humanidad derive hacia la aceptación de esta perspectiva, atraída por mezquinas

promesas de «goce neumático» que echan una cortina de humo sobre la amenaza global, no estará de más echar nuevamente un vistazo al desarrollo histórico del hombre, según lo ha configurado y moldeado la ciudad. Con el fin de alcanzar la suficiente perspectiva en cuanto a las tareas urgentes del momento, me propongo remontarme a los comienzos de la ciudad. Necesitamos una nueva imagen del orden, que incluya lo orgánico y lo personal, y que llegue a abarcar todos los oficios y funciones del ser humano. Solo si podemos proyectar dicha imagen estaremos en condiciones de hallar una nueva forma para la ciudad.

2. DICTADOS Y PREFIGURACIONES ANIMALES

En pos de los orígenes de la ciudad resulta muy difícil resistir la tentación de buscar solamente sus restos físicos. Pero ocurre lo mismo que con la imagen del hombre primitivo cuando concentramos nuestra atención en sus huesos y sus fragmentos de cerámica, sus herramientas y sus armas, no haciendo justicia a invenciones como el lenguaje y el ritual que han dejado, en el mejor de los casos, pocas huellas materiales. Antes de que surgiera algo que podamos reconocer como una ciudad, ciertas funciones de ella acaso ya se cumplían, ciertos propósitos suyos acaso se satisfacían ya, y algunos de los solares aprovechados más tarde acaso ya habían sido momentáneamente ocupados.

Si solo nos preocupa encontrar estructuras permanentes apiñadas detrás de una muralla, eludimos por completo lo concerniente a la naturaleza de la ciudad. Sostengo que para acercarnos a los orígenes de la ciudad debemos completar la labor del arqueólogo que trata de dar con la capa más profunda en que se pueda reconocer el vago trazado que indique un orden urbano. Para identificar a la ciudad debemos seguir la huella hacia atrás, desde las más cabales estructuras y funciones urbanas conocidas hasta sus componentes originales, por muy remotos que estén en el tiempo, el espacio y la cultura de los primeros *tells* que se hayan

excavado. Antes de la ciudad estuvieron el caserío, el santuario y la aldea; antes de la aldea, el campamento, el escondrijo, la caverna y el montículo; y antes de todo esto ya existía la tendencia a la vida social que el hombre comparte claramente con muchas otras especies animales.

La vida humana se mueve entre dos polos: movimiento y asentamiento. Es posible remontar la oposición entre estas dos modalidades a la ruptura inicial entre los protozoos capaces de moverse con mucha más libertad, que formaron el reino animal, y los organismos relativamente sésiles que pertenecen al reino vegetal. Los primeros, como en el caso de las ostras, a veces se adaptan excesivamente a una posición fija y pierden la capacidad de movimiento; en tanto que muchas plantas se liberan, hasta cierto punto, a través de raíces subterráneas prolongadas y, sobre todo, mediante la separación y la migración de las semillas. En cada una de las escalas de la vida se cambia movilidad por seguridad o, a la inversa, inmovilidad por riesgo. Sin lugar a dudas, existe en muchas especies animales cierta tendencia a establecerse en un punto determinado y descansar, a volver a un lugar privilegiado que brinda abrigo o buen alimento; y, según ha sugerido Carl O. Sauer, tal vez constituye un rasgo humano básico la propensión a almacenar y asentarse.

Pero otras contribuciones aún más importantes a la estabilidad y a la continuidad proceden de nuestro pasado animal. Muchas son las criaturas, incluso entre los peces, que viven juntas en manadas y cardúmenes para procrear y criar su descendencia. En el caso de los pájaros se da, a veces, el apego a un mismo nido, estación tras estación, y en las especies rebañegas existe el hábito del establecimiento comunal en la época de cría en zonas protegidas, como pueden ser islas y marjales. El cruce en grupos más grandes, que proceden de diversas extracciones, introduce posibilidades de variación genética que faltan en los pequeños grupos humanos sin mezcla. Estas tierras de cría y alimentación son prototipos obvios de la clase más primitiva de asentamiento humano permanente: el

caserío o la aldea. Uno de los aspectos de la población primitiva, su sentido del aislamiento defensivo —junto con su pretensión de «territorialidad», como la que se encuentra entre las aves—, tiene este largo proemio en la evolución animal.

Incluso la complejidad técnica de la población humana no carece de precedentes zoológicos. En ciertas especies, particularmente en los castores, la colonización determina una remodelación deliberada del medio ambiente: tala de árboles, construcción de represas, edificación de pabellones. Estas operaciones de ingeniería transforman una congregación familiar cerrada en una asociación menos rígida de gran número de familias que colaboran en tareas comunes y mejoran el hábitat común. Por más que la colonia de castores carece de muchos de los atributos de un pueblo, ya está cerca de esas primitivas aldeas que también ejecutaban proezas de ingeniería hidráulica.

Pese a ello, lo que más se aproxima a un centro comunal de vida entre los demás animales dista mucho de la comunidad urbana más rudimentaria. Más bien puede encontrarse el fenómeno más próximo tanto a la «vida civilizada» como a la ciudad, cuando se sigue una línea evolutiva completamente diferente, representada por los insectos sociales. Las funciones sociales de la colmena, la termitera y el hormiguero —estructuras que a menudo tienen un tamaño imponente y están trabajadas con destreza— tienen, a decir verdad, tantas semejanzas con las de la ciudad que dejaré de lado otras observaciones al respecto hasta que nos encontremos en presencia de esta última. Incluso la división del trabajo, la diferenciación de castas, la práctica de la guerra, la institución de la realeza, la domesticación de otras especies y el empleo de la esclavitud existían en ciertos «imperios de hormigas», millones de años antes de que se congregaran en la ciudad antigua. Pero obsérvese: aquí no es posible hablar de continuidad biológica. Más bien constituye esto un ejemplo de paralelismo y convergencia.

3. CEMENTERIOS Y SANTUARIOS

En el desarrollo de las instalaciones humanas permanentes encontramos una expresión de necesidades animales que es semejante a las de otras especies sociales; pero hasta los más primitivos comienzos urbanos revelan algo más. Poco después de descubrirse la huella del hombre en los residuos de la más antigua fogata o en el instrumento de sílex tallado se tiene prueba de intereses y angustias que carecen de equivalente entre los animales; en particular, una preocupación ceremonial por los muertos, que se manifiesta en su entierro deliberado, y con pruebas crecientes de piadosa aprensión y terror.

El respeto del hombre primitivo ante los muertos, en sí mismo muestra de fascinación por sus vigorosas imágenes de la fantasía diurna y del sueño nocturno, desempeña tal vez un papel más importante que otras necesidades más prácticas a la hora de impulsarlo a buscar un lugar fijo de reunión y, más adelante, un asentamiento estable. En el penoso vagabundeo del hombre paleolítico, los muertos fueron los primeros que contaron con una morada permanente: en una caverna, en un montículo señalado por unas cuantas piedras o bien en un túmulo colectivo. Se trataba de mojones a los que probablemente los vivos volvían a intervalos, para comunicarse con los espíritus menestrales o para aplacarlos. Aunque la recolección de alimentos y la caza no fomentan la ocupación permanente de un solo lugar, los muertos, al menos, exigen ese privilegio. Hace mucho que los judíos reclamaron como patrimonio suyo la tierra donde estaban situadas las tumbas de sus antepasados; y esa reivindicación bien fundada parece ser de carácter primordial. La ciudad de los muertos es anterior a la ciudad de los vivos. A decir verdad, en un sentido la ciudad de los muertos es la precursora, y casi el núcleo, de toda ciudad viva. La vida urbana cubre el espacio histórico que se extiende entre el más rudimentario cementerio del hombre de la aurora y el cementerio final, la necrópolis, en que una civilización tras otra han encontrado su fin.

En todo esto hay matices irónicos. Lo primero que saludaba al viajero que se acercaba a una ciudad griega o romana era la hilera de sepulturas y tumbas que bordeaba el camino a la ciudad. En cuanto a Egipto, la mayor parte de lo que queda de esa gran civilización, con su jubilosa saturación de toda expresión de vida orgánica, son sus templos y tumbas. Hasta en la congestionada ciudad moderna, el primer éxodo general a una morada más deseable consistió en la migración de los muertos al Elíseo romántico de un cementerio suburbano.

Pero queda todavía otra parte del medio ambiente que el hombre paleolítico no se limitó a usar, sino que a ella volvía periódicamente: la caverna. Abundan las pruebas, en todas partes del mundo, de la ocupación o visita prehistórica de las cavernas. Por ejemplo, en las cavernas de piedra caliza situadas en la Dordoña, Francia, las sucesivas ocupaciones por parte del hombre primitivo pueden ser rastreadas en capas, puesto que la erosión de la roca ha hecho descender el lecho del río, levantando viejos abrigos y dejando al descubierto nuevas plataformas ubicadas más abajo. Pero más importante que su uso con fines domésticos fue la función que desempeñó la caverna en el arte y en el ritual. Si bien cavernas como las de Lascaux y Altamira no estuvieron habitadas, parece que fueron centros rituales de una u otra clase, del mismo modo que Nippur o Abidos. Todavía en el siglo IV a. C. se encuentra la representación gravada de una caverna dedicada a las ninfas y que muestra las figuras de Hermes y Pan, procediendo este grabado de la gruta de las Ninfas, en el monte Pentélico.

En los recodos interiores de estos centros rituales especiales, a los que, por lo común, se llega por pasajes de poca altura, lo que exige avanzar a gatas, tortuosamente y a menudo con peligro, se encuentran grandes cámaras naturales, cubiertas por pinturas de una asombrosa vivacidad de forma y de gran soltura en el trazo, que por lo general son representaciones delicadamente realistas de animales y, alguna que otra vez, de hombres y mujeres muy idealizados y estilizados. En algunos lugares, este arte ostenta una

maestría estética a la que solo se vuelve a llegar en los templos y palacios de un periodo más de quince mil años posterior. Si, como algunos sostienen, el diseño estético solo era un subproducto incidental de la magia, ¿acaso no ejerció una particular magia propia que hizo que los hombres volvieran al escenario de esta primera expresión triunfante?

Estas prácticas, incluso en su forma más primitiva, sobrevivieron a su propio periodo y consiguieron introducirse en la ciudad, fenómeno ulterior. Un dibujo paleolítico en la gruta de Trois Frères, en Ariège, representa un hombre cubierto con una piel de ciervo y con astas en la cabeza, seguramente un hechicero; mientras que un grabado sobre hueso, que data del mismo periodo y fue encontrado en una caverna de Inglaterra, muestra un hombre cuyo rostro está cubierto por una cabeza de caballo. Ahora bien, según Christina Hole, todavía en el siglo VII de nuestra era las calendas de enero eran observadas por hombres cubiertos con pieles y cabezas de animales, que corrían dando saltos y haciendo cabriolas. Esta costumbre fue prohibida por el arzobispo de Canterbury, quien la trató de «diabólica». Si hay motivos para sospechar cierta tenue continuidad ancestral en esta costumbre, todavía hay mejores razones para considerar que los ritos de las cavernas constitúan los impulsos sociales y religiosos que movieron a los hombres a congregarse finalmente en ciudades, donde todos los sentimientos iniciales de pavor, reverencia, orgullo y júbilo se verían aún más magnificados por el arte y multiplicados por el número de participantes favorables.

En estos antiguos santuarios del Paleolítico, lo mismo que en los primeros montículos mortuorios y tumbas, tenemos, como en ninguna otra parte, los primeros atisbos de vida cívica, posiblemente mucho antes de que pudiera sospecharse la existencia de aldeas permanentes. Ya no se trataba tan solo de reunirse en la estación del apareamiento, ni de la vuelta del famélico a una fuente segura de agua o alimento, ni del intercambio ocasional, en un adecuado lugar tabú, de ámbar, sal, jade o tal vez incluso de herramientas.

Aquí, en el centro ritual, había una asociación dedicada a una vida más abundante; no solo un aumento de alimentos sino también un aumento de goce social mediante la utilización más cabal de la fantasía simbolizada y el arte, con una visión compartida de rica vida mejor, más llena de significado, al mismo tiempo que estéticamente encantadora; en embrión, una buena vida como la que algún día describiría Aristóteles en la *Política*: el primer atisbo de Eutopía. Pues quién podría dudar de que, en el mismo esfuerzo por asegurarse una mayor abundancia de carne para el alimento —en caso de que tal fuera, en realidad, el propósito mágico de las pinturas y los ritos— la propia ejecución de la obra de arte agregaba algo tan esencial para la vida del hombre primitivo como las recompensas alimenticias de la cacería? Todo esto tiene su relación con la naturaleza de la ciudad histórica.

La caverna del Paleolítico trae a la memoria muchos otros santuarios venerables que, del mismo modo, encarnaba propiedades y poderes sagrados, y atraían hombres desde lejos a sus recintos: grandes piedras, bosques sagrados, árboles monumentales, pozos santos, como ese Pozo del Cáliz, en Glastonbury, donde se suponía que José de Arimatea había arrojado el Santo Grial. Estos mojones permanentes y estos lugares píos de reunión convocaban, periódica o constantemente, a aquellos que compartían las mismas prácticas mágicas o las mismas creencias religiosas. Todavía hoy recuerdan y cumplen estos objetivos iniciales ciertos puntos como La Meca, Roma, Jerusalén, Benarés, Pekín, Kioto y Lourdes.

Si bien estas cualidades elementales, estrechamente ligadas a rasgos naturales, no bastan por sí solas para fundar o mantener una ciudad, constituyen la mayor parte del núcleo central que dominó inicialmente a la ciudad histórica. Y, lo que quizá no sea menos importante, la caverna le dio al hombre primitivo su primera concepción del espacio arquitectónico, su primer atisbo del poder de un recinto amurallado como medio para intensificar la receptividad espiritual y la exaltación emotiva. La cámara pintada en el interior de

una montaña prefigura la tumba de la pirámide egipcia, que, en realidad, es una montaña de factura humana, deliberadamente imitativa. Las variaciones sobre este tema son innumerables; pero, a pesar de sus diferencias, la pirámide, el zigurat, la gruta mitraica y la catacumba cristiana tienen sus prototipos en la caverna de la montaña. Tanto la fama como la finalidad desempeñaron su papel en el desarrollo último de la ciudad.

Al retroceder tanto en pos de los orígenes de la ciudad, no deben pasarse por alto, naturalmente, las necesidades prácticas que hicieron congregarse grupos familiares y tribus, según las estaciones, en un hábitat común, en una serie de campamentos, e incluso en una economía de caza o recolección. También estos factores desempeñaron sus papeles; y ya mucho antes de que las aldeas y pueblos agrícolas se convirtieran en rasgo típico de la cultura neolítica, posiblemente ya habían sido reconocidos los solares adecuados para instalarse con carácter permanente: la fuente cristalina, con su provisión de agua durante todo el año; la sólida colina, accesible aunque protegida por el río o la ciénaga; el estuario cercano, con su abundancia de pescado y marisco. Todos estos elementos intervenían ya en la economía mesolítica de transición en muchas regiones, en sitios donde dan testimonio de su permanencia los enormes montículos de ostras abiertas.

Pero es posible que la instalación humana de carácter permanente sea aún anterior a estos poblados; y así, los restos de construcciones paleolíticas, encontrados en la Rusia meridional, que al parecer formaban parte de un pueblo, advierten contra el peligro de señalar una fecha demasiado tardía para la aparición de la aldea permanente. A su debido tiempo, veremos que el campamento de cazadores se desvanece en un punto de reposo perdurable: un enclave paleolítico dominante separado de las aldeas neolíticas en su base.

Pero obsérvese que dos de los tres aspectos originales del asentamiento temporal están relacionados con cosas sagradas y no solo con la supervivencia física. Se remiten a un tipo de vida más

valioso y significativo, con una conciencia que alberga el pasado y el futuro, que aprehende el misterio primitivo de la generación sexual así como el misterio último de la muerte y de lo que puede haber más allá de la muerte. A medida que la ciudad adopte su forma, muchos otros elementos irán añadiéndose; pero estas preocupaciones centrales prevalecen como razón misma de la existencia de la ciudad, inseparables de la sustancia económica que la hace posible. En la primera reunión en torno a una tumba o a un símbolo pintado, a una gran piedra o a un soto sagrado, se encuentra el comienzo de una sucesión de instituciones cívicas que van desde el templo hasta el observatorio astronómico, desde el teatro hasta la universidad.

Así, incluso antes de que la ciudad sea un lugar de residencia fija, comienza como lugar de reunión al que la gente vuelve periódicamente: el imán precede al receptáculo, y esta capacidad para atraer a los no residentes, para el intercambio y el estímulo espiritual, subsiste, no menos que el comercio, como uno de los criterios esenciales de la ciudad, testimonio de su dinamismo inherente, en oposición a la forma más fija y sofocada de la aldea, hostil al forastero.

El primer germen de la ciudad está, pues, en el lugar ritual de reunión que sirve como meta del peregrinaje: un sitio al que los grupos familiares o clanes retornan, con intervalos estacionales, porque concentra, aparte de todas las ventajas naturales que puede tener, ciertos poderes «espirituales» o sobrenaturales, poderes de potencia más elevada y de mayor duración, de un significado cósmico más amplio, que los procesos comunes de la vida. Y si bien las representaciones humanas pueden ser ocasionales y esporádicas, la estructura que las sostiene, tanto si se trata de una gruta paleolítica como de un centro ritual de la civilización maya con su alta pirámide, estará dotada de una imagen cósmica más duradera.

No bien se libera de sus necesidades animales inmediatas, la mente empieza a actuar con libertad en toda la gama de la

existencia y a dejar su huella tanto en las estructuras naturales, como pueden ser las cavernas, los árboles y las fuentes, como en los de factura humana, elaborados a imagen del hombre. Por consiguiente, algunas de las funciones y finalidades de la ciudad existían en esas estructuras tan sencillas mucho antes de que la compleja asociación de la ciudad alcanzara su existencia y remodelara todo el medio ambiente para darles sustento y apoyo. Pero esto solo es una parte de la historia, de modo que debemos proseguir la indagación.

4. LA DOMESTICACIÓN Y LA ALDEA

Aunque algunas de las semillas de la posterior vida urbana ya estaban presentes en la cultura paleolítica, faltaba el suelo que las nutriera. La caza y la recolección de alimentos sustentan menos de cuatro personas por kilómetro cuadrado, de modo que, para asegurarse la manutención, el hombre paleolítico tenía necesidad de vastas extensiones y de una gran libertad de movimiento. El azar y la suerte rivalizan con la astucia y la destreza en la economía del hombre primitivo, que unas veces se da banquetes y otras anda famélico; y que, hasta aprender a ahumar y curar la carne, debe vivir al día, reducido a pequeños grupos móviles sin el estorbo de objetos acumulados, sin la traba que representa una morada estable.

El primer requisito necesario para la existencia de una provisión segura y abundante de alimentos surgió en el periodo mesolítico, tal vez hace quince mil años. A estas alturas, el arqueólogo comienza a encontrar huellas claras de asentamientos permanentes desde la India hasta la región del Báltico: una cultura basada en el aprovechamiento de mariscos y peces, y posiblemente también de algas y tubérculos plantados, sin duda complementados con otras fuentes de alimentación menos seguras. Con estos caseríos mesolíticos aparecen los primeros desbroces con fines agrícolas; e igualmente los primeros animales domésticos, los favoritos y guardianes de la casa: el cerdo, la gallina, el pato, el ganso y, sobre

todo, el perro, el más antiguo compañero del hombre. La práctica de reproducir las plantas con rampollos —según se hace con la palma datilera, el olivo, la higuera, el manzano y la vid— procede posiblemente de esta cultura mesolítica. El tiempo requerido para el desarrollo de los árboles frutales denota, por su parte, una ocupación continua del suelo y un cuidado persistente.

La riqueza de estas fuentes de alimentación tanto más abundantes, una vez que la última glaciación retrocedió, pudo tener un efecto excitante sobre el espíritu y los órganos sexuales. La fácil recolección y la mayor seguridad concedían más tiempo libre; en tanto que el fin de los ayunos forzosos, que, como se sabe desde hace tanto tiempo, disminuyen el apetito sexual, puede haber dado a todas las formas de la sexualidad una pronta maduración, una persistencia y hasta una potencia de la que tal vez carecían en la vida ansiosa y a menudo casi famélica de las poblaciones de cazadores y recolectores. Tanto la dieta alimentaria como las costumbres eróticas de los polinesios, según existían cuando el hombre occidental los descubrió, sugieren esta imagen de la vida en el mesolítico.

Este proceso de asentamiento, domesticación y regularidad en la alimentación entró en una segunda etapa hace tal vez diez o doce mil años. Entonces surgieron la recolección y la siembra sistemáticas de las semillas de determinadas hierbas, la domesticación de otras plantas de semilla, como las frutas y las alubias, y la utilización de animales de rebaño, el buey, la oveja, y, por último, el asno y el caballo. Mediante una u otra de estas criaturas se acrecentaron las fuentes de alimentación, la fuerza de tiro y la movilidad colectiva. Con toda probabilidad, ninguna fase de esta gran revolución agrícola pudo haberse dado entre nómadas crónicos: era necesario algo así como la ocupación permanente de una región, prolongada hasta el punto de que se siguiera todo el ciclo de crecimiento, para mover a esas gentes primitivas a adquirir una idea de los procesos naturales, reproduciéndolos de forma más sistemática. Acaso el acontecimiento central de todo este desarrollo

fue la domesticación del hombre mismo, prueba de un interés creciente en la sexualidad y la reproducción.

Al respecto no se puede descartar la sugerencia formulada por A. M. Hocart, según la cual tanto la domesticación como el uso de abonos pueden haber tenido su origen en ritos de fertilidad y sacrificios mágicos, del mismo modo que el uso ritual de decoración corporal y las vestiduras puramente simbólicas precedieron, casi sin lugar a dudas, a la fabricación de ropas como protección contra las inclemencias del tiempo. En cualquier caso, la domesticación general fue producto de un interés creciente en la sexualidad y la reproducción, y ha sido acompañada de un realce del papel de la mujer en todos los terrenos. La rapiña cedió a la simbiosis. Por fortuna para el desarrollo humano, la sexualidad femenina nunca quedó segregada y exagerada en la forma mastodóntica de, por ejemplo, la reina de las termitas, que asumió la función de poner los huevos por toda la termitera.

El fenómeno al que damos el nombre de revolución agrícola fue precedido, muy probablemente, por una revolución sexual: un cambio que dio predominio no al macho cazador, ágil, de pies veloces, dispuesto a matar, implacable por necesidad vocacional, sino a la hembra más pasiva, apegada a sus hijos, de andar pausado para ir al mismo paso que los niños, guardiana y criadora de los pequeños de toda clase, incluso dando el pecho, si era necesario, cuando la madre había muerto, a los cachorros domésticos; la mujer que plantaba las semillas y vigilaba su crecimiento, acaso inicialmente en un rito de fertilidad, antes de que el crecimiento y la multiplicación de las semillas sugiriera la nueva posibilidad de aumentar la cosecha de alimentos.

Permítaseme insistir en la concentración del hombre neolítico en la vida orgánica y el crecimiento: no se trata tan solo del muestreo y ensayo de lo proporcionado por la naturaleza, sino de una selección y propagación con sentido crítico, una empresa llevada a cabo con tanto cuidado que el hombre histórico no ha agregado ninguna planta ni ningún animal de importancia básica a los que ya eran

cultivados o domesticados por las comunidades neolíticas. La domesticación, en todos sus aspectos, implica dos grandes cambios: la permanencia y continuidad en la residencia y el ejercicio de control y previsión sobre procesos que antes estaban sujetos a los caprichos de la naturaleza. Estos cambios van acompañados de hábitos de dulzura, crianza y educación. Al respecto, las necesidades de la mujer, sus cuidados, su intimidad con los procesos de crecimiento, su capacidad para la ternura y el amor, debieron de desempeñar un papel decisivo. Con la gran ampliación de la existencia de alimentos que resultó de la domesticación acumulativa de plantas y animales, la posición central de la mujer en la nueva economía quedó establecida.

Ciertamente «hogar y madre» son palabras inscritas en cada etapa de la agricultura neolítica, sin excluir a los nuevos centros rurales, por fin reconocibles en los basamentos de casas y en sepulturas. Era la mujer la que manejaba la azada, era ella quien cuidaba las cosechas del huerto y quien llevó a cabo esas obras maestras de selección y cruzamiento que convirtieron las toscas especies silvestres en las prolíficas variedades domésticas, de ricas propiedades nutritivas. Fue también la mujer quien hizo los primeros recipientes, tejiendo cestos y modelando los primeros cántaros de arcilla. En cuanto a la forma, también la aldea es su creación; pues, dejando de lado todo lo demás que la aldea pudiera ser, era ante todo un nido colectivo para el cuidado y la crianza de los pequeños. Aquí la mujer prolongó el periodo de atención del niño, de la juguetona irresponsabilidad de la que depende hasta tal punto el desarrollo superior del hombre. La vida estable en la aldea tenía una ventaja sobre las formas de asociación más flojas y errantes en grupos más pequeños, por cuanto proporcionaba las máximas facilidades para la fecundidad, la nutrición y la protección. Mediante la responsabilidad comunal por el cuidado de los pequeños, estos pudieron desarrollarse en gran número. Sin este dilatado periodo de desarrollo agrícola y doméstico, no se hubiera conseguido el excedente de alimentos y de mano de obra que hizo posible la vida

urbana. Y sin la previsión y la disciplina moral consciente que la cultura neolítica introdujo en todas las esferas, es dudoso que hubiera aparecido esa cooperación social más compleja que se desarrolló con la ciudad.

La presencia de la mujer se dejaba sentir en toda la aldea, sin excluir su estructura física, con sus recintos protectores, cuyos posteriores significados simbólicos nos ha dado a conocer tardíamente el psicoanálisis. Seguridad, receptividad, recinto, crianza: todas estas funciones corresponden a la mujer; y asumen expresión estructural en todas las partes de la aldea, en la casa y el horno, el establo y la bodega, en la cisterna, el silo y el granero, y de allí pasaron a la ciudad, con la muralla y el foso, y todos los espacios interiores, desde el atrio hasta el claustro. Casa y aldea, y eventualmente la población misma, son Mujer con mayúscula. Si esto da la impresión de ser una descabellada interpretación psicoanalítica, los antiguos egipcios pueden responder por esta identificación. En los jeroglíficos egipcios, «casa» o «aldea» pueden usarse como símbolos de «madre», como si se tratara de confirmar la similitud de la función de crianza individual y colectiva. En la misma línea, las estructuras más primitivas —casas, habitaciones, tumbas— son por lo común redondas, como aquella vasija inicial que se describe en un mito griego, la cual fue modelada sobre el seno de Afrodita.

La aldea, en medio de sus parcelas de huertos y sus campos, formó un nuevo tipo de asentamiento humano: una asociación permanente de familias y vecinos, de aves y otros animales, de casas, silos y graneros, arraigados todos en el suelo ancestral donde cada generación formaba el abono para la siguiente. La rutina diaria se centraba en el alimento y el sexo: el mantenimiento y la reproducción de la vida. Hasta entrar en los tiempos históricos, el falo y la vulva descuellan en el ritual de la aldea. En forma monumental, se abren luego camino en la ciudad, no solo disfrazados como obeliscos, columnas, torres y recintos con

cúpulas, sino también en formas desnudas, como el enorme pene, roto pero erecto, que aún puede verse en Delos.

En forma primitiva, muchos símbolos y estructuras urbanas estaban presentes en la aldea agrícola. Incluso la muralla existía quizás en forma de empalizada o montículo, si es que puede juzgarse a través de datos mucho más recientes, como protección contra los animales merodeadores. Dentro de tal recinto, los niños podían jugar tranquilamente, sin otra protección; y, de noche, el ganado descansaba sin ser molestado por el lobo o el tigre. Pero muchos villorrios primitivos, según V. Gordon Childe, eran abiertos; de modo que la misma existencia de estas protecciones indica acaso un período ulterior de presión o peligro, en que el circuito estático de la muralla servía, en cambio, como recurso para mantener alejado al merodeador.

Un nuevo orden, una nueva regularidad y una nueva seguridad habían ingresado a esta vida de exuberancia erótica; pues la provisión de alimentos era más abundante que nunca: es casi seguro que nacían y sobrevivían más niños en estas comunidades neolíticas que cuantos pudo mantener cualquier cultura anterior, excepto en circunstancias extraordinariamente afortunadas. Los instrumentos pulidos, que antes eran tenidos como los criterios básicos de la cultura neolítica, dan testimonio de paciencia y esfuerzo sistemático, muy diferente del que se requiere para tallar la piedra o cazar. Todos estos nuevos hábitos y funciones aportaron su contribución a la ciudad, cuando esta finalmente surgió; y sin este ingrediente aldeano la comunidad urbana más vasta habría carecido de una base fundamental para la permanencia física y la continuidad social.

Hasta sin un empujón consciente en esa dirección, esta nueva asociación simbiótica de hombres, animales y plantas fue favorable para el ulterior desarrollo de la ciudad. Originalmente, el perro fue menos un animal para la caza que un guardián y un comedor de carroña: es dudoso que sin el perro y el cerdo la apretujada comunidad hubiera podido sobrevivir a sus desmanes en materia de

higiene; a decir verdad, el cerdo sirvió como departamento auxiliar de higiene hasta entrado el siglo XIX, en ciudades tenidas por adelantadas como Nueva York y Mánchester. Asimismo, cuando los cereales abundaron, el gato —y en Egipto la serpiente domesticada— sirvió para mantener a raya a los roedores que transmitían enfermedades y minaban las existencias de víveres. Pero, para ser equitativos, hay que añadir una palabra referente al aspecto negativo: ratones, ratas y cucarachas también sacaron partido de las nuevas instalaciones y formaron un anexo demasiado permanente.

Esta nueva asociación con los animales precedió a su uso como alimento; al igual que en el caso de las vestiduras y las decoraciones corporales, los animales fueron elemento decorativo antes de ser útiles. Pero esta proximidad de hombres y animales debió de tener otro efecto estabilizador sobre la agricultura: convirtió los alrededores de las aldeas, involuntariamente, en una montaña de abono. Hoy el término *fertilization* tiene un doble significado en inglés: fertilización y fecundación; y es posible que esa vinculación sea muy antigua, pues aquellos primitivos labriegos eran sumamente observadores. Si entendían el oscuro proceso de fertilización de la palma datilera, por ejemplo, probablemente también habían observado que ambas formas de «fertilización» contribuían al crecimiento vegetal. El hombre primitivo, lo mismo que los niños pequeños, observa con interés, y hasta con estupor, todas las excreciones del cuerpo: solo la descarga periódica e incontrolable de la menstruación le despierta miedo y le induce a adoptar medidas de precaución. Valora estos productos autoelaborados como pruebas de una suerte de creatividad espontánea, común al hombre y a sus asociados animales. En la aldea, solo el número hacía abundante el abono, que incluso se mezclaría con barro, para revocar los muros de enrejado de caña de las chozas mesopotámicas.

Así, el acto mismo de instalarse en aldeas contribuyó al automantenimiento de la agricultura, excepción hecha de los

trópicos del Nuevo Mundo donde, posteriormente, con métodos más primitivos de cultivo, y recurriendo al fuego para despejar la selva, la aldea careció de estabilidad y los centros rituales a menudo no tuvieron una población permanente. Pero allí donde los excrementos humanos y animales fueron aprovechados cabalmente, como en el caso de China, incluso la ciudad en desarrollo compensó su aniquilación de valiosa tierra agrícola mediante el enriquecimiento de los campos circundantes. Si supiéramos dónde y cuándo se inició esta práctica sabríamos más sobre la historia natural de las primeras ciudades. Los inodoros, las cloacas máximas y la contaminación de los ríos ponen punto final a este proceso: en el orden ecológico esto significa un paso hacia atrás y hasta ahora solo se trata de un progreso técnico algo superficial.

La vida de la aldea está enclavada en la asociación primaria de nacimiento y lugar, sangre y suelo. Cada miembro de ella es un ser humano completo que desempeña todas las funciones apropiadas para cada fase de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, en alianza con las fuerzas naturales que venera y a las que se somete, por más que llegue a tentarle la posibilidad de invocar poderes mágicos, a fin de controlarlos en beneficio de su grupo. Antes de que la ciudad surgiera, la aldea ya había dado nacimiento al vecino, esto es, al que vive cerca, al que se puede llamar por la distancia a que se encuentra, el que comparte las crisis de la vida, vela a los que van a morir, llora a los muertos y participa con júbilo de la fiesta de bodas o el nacimiento de un niño. Los vecinos acuden presurosos en tu ayuda, según nos recuerda Hesíodo, en tanto que los mismos parientes «pierden el tiempo sobre sus arneses».

El orden y la estabilidad de la aldea, junto con su abrazo e intimidad maternal y su unicidad con las fuerzas de la naturaleza, fueron trasladados a la ciudad: si se pierden en el conjunto de la misma, debido al crecimiento excesivo de esta, subsisten no obstante en el barrio o el vecindario. Sin esta identificación y esta protección maternal dispensada por una comunidad, los jóvenes se desmoralizan; para ser exactos, su misma capacidad para hacerse

plenamente humanos puede desaparecer, conjuntamente con la primera obligación del hombre neolítico: la promoción de la vida. Lo que hoy llamamos moralidad comenzó con las *mores*, con las costumbres conservadoras de la vida, propias de la aldea. Cuando estos vínculos primarios se disuelven, cuando la comunidad íntima y visible deja estar identificable y profundamente preocupada, entonces el «nosotros» se convierte en un ruidoso enjambre de «yoes», y los vínculos y las lealtades secundarias se vuelven demasiado débiles para detener la desintegración de la comunidad urbana. Solo ahora, cuando los modos de vida aldeanos están desapareciendo rápidamente en el mundo entero, podemos estimar todo lo que les debe la ciudad en materia de energía vital y crianza amorosa, que hizo posible el desarrollo posterior del hombre.

5. CERÁMICA, HIDRÁULICA Y GEOTÉCNICA

Con la aldea apareció una nueva tecnología: las armas y herramientas masculinas del cazador y el minero —la lanza, el arco, el martillo, el hacha, el cuchillo— fueron complementadas con formas típicamente neolíticas de origen femenino: hasta la misma suavidad de los instrumentos pulidos, a diferencia de las formas talladas, puede ser considerada un rasgo femenino. El hecho magno de la técnica neolítica es que sus innovaciones principales no consistieron en armas y herramientas sino en recipientes.

Las herramientas y armas paleolíticas estaban dirigidas a movimientos y esfuerzos musculares. Eran instrumentos para quebrar, picar piedra, cavar, horadar, hender, disecar, ejercer fuerza rápidamente a distancia; en suma, todo género de actividades agresivas. Los huesos y músculos del macho dominan sus contribuciones técnicas: hasta su pene flácido es inútil, en términos sexuales, a menos que se ponga duro como el hueso... como suele reconocer el habla popular. En cambio, en la mujer, los suaves órganos internos son el centro de su vida: es significativo que brazos y piernas sirvan menos para moverse que para acoger y

encerrar ya sea a un amante o a un niño. Y es en los orificios y cavidades, en la boca, la vulva, la vagina, los pechos y el vientre donde tienen lugar sus actividades sexualmente individualizadas.

Bajo el dominio de la mujer, el periodo Neolítico es, ante todo, un periodo de recipientes. Es una época de utensilios de piedra y alfarería, de vasos, jarros, tanques, cisternas, cestos, graneros y casas, sin excluir los grandes receptáculos colectivos, como las represas para la irrigación y las aldeas. La singularidad y el significado de esta contribución se han desdeñado con excesiva frecuencia por parte de los estudios modernos, que miden todos los progresos técnicos desde el punto de vista de la máquina.

Según Robert Braidwood, la vivienda más primitiva que hasta ahora se ha descubierto en Mesopotamia consiste en un agujero cavado en el suelo y secado al sol, hasta darle la dureza del ladrillo; y, lo que es más notable, esta primera casa parece ser anterior a cualquier forma de alfarería. Siempre que se debe conservar y almacenar un excedente, los recipientes resultan importantes. Aunque contara con conchas y cueros, el cazador paleolítico no tenía mucha necesidad de recipientes: como el bosquimano que sobrevive en África, hacía que su vientre hinchado le sirviera de contenedor. Pero no bien la agricultura determinó la aparición de un excedente de víveres y la instalación permanente, los utensilios de almacenaje adquirieron una importancia fundamental.

Sin recipientes herméticos, el aldeano neolítico no podía guardar cerveza, vino o aceite; sin piedra que se pudiera sellar o cántaros de arcilla, no podía preservarlos de roedores o insectos; sin barriles, cisternas y graneros no podía hacer que sus víveres se conservaran de una estación a otra. Sin la casa morada permanente, no era posible mantener juntos ni cuidar tiernamente a los pequeños, a los enfermos y a los ancianos. Fue en el ámbito de los recipientes duraderos donde la inventiva neolítica superó a todas las culturas anteriores: a tal punto, que hoy mismo seguimos usando muchos de sus métodos, materiales y formas. La misma ciudad moderna, pese a todo su acero y su vidrio, es aún, en lo esencial, una estructura

pegada a la tierra, propia de la Edad de Piedra. El empleo arcaico de la arcilla cocida para el registro por escrito dio al pensamiento humano una permanencia con la que no puede rivalizar ningún otro medio, tal como lo testimonian todavía las inscripciones cuneiformes de Babilonia. Aunque las ciudades antiguas fueron destruidas a menudo, sus registros definitivos eran a prueba de agua y a prueba de fuego. Con el almacenaje apareció la continuidad, así como un excedente al que podría recurrirse en los años de mala cosecha. La acumulación cuidadosa de semillas no gastadas, para la siembra del año siguiente, fue el primer paso hacia la acumulación de capital.

Obsérvese cuánto le debe técnicamente la ciudad a la aldea. De la aldea proceden, directamente o por perfeccionamiento, el granero, el banco, el arsenal, la biblioteca y el almacén. Recuérdese, también, que la acequia, el canal, el estanque, el foso, el acueducto, el desagüe y la cloaca son también recipientes destinados al transporte automático o al almacenaje. El primero de estos fue inventado mucho antes que la ciudad; y, sin todo este amplio margen de invenciones, la ciudad antigua no habría podido adquirir la forma que alcanzó finalmente, pues la ciudad sería nada menos que un recipiente de recipientes.

Antes que la rueda de alfarero, el carro de guerra o el arado hubieran sido inventados, esto es, mucho antes de 3500 a. C., todas las formas principales de recipiente tenían ya un largo recorrido a sus espaldas. Karl A. Wittfogel está en lo cierto al subrayar el control colectivo del agua como uno de los rasgos distintivos de los Estados totalitarios que florecieron en la época calcolítica. Pero hay pruebas de que los primitivos aldeanos esparcidos en las márgenes del Nilo y el Éufrates ya habían empezado a dominar este arte. Como saben los niños, el barro y el agua son plásticos y fáciles de moldear. La lección aprendida al modelar la casa y la cisterna, la acequia y el canal, fue transmitida a todas las demás partes del paisaje. De hecho, la domesticación de plantas y animales, la domesticación del hombre y la domesticación del paisaje natural fueron partes de un mismo proceso.

En pocas palabras, la modelación de la tierra fue una parte integrante de la modelación de la ciudad... y la precedió. Esta íntima relación biotécnica es una relación que el hombre moderno, con sus planes para remplazar complejas formas terráqueas y asociaciones ecológicas con sustitutos artificiales comerciables, está desbaratando con peligro para sí mismo.

Cientos, quizá miles de poblados, en partes propicias del mundo, desde Egipto hasta la India, aplican estas artes, de un modo humilde pero decisivo, a cada una de las características de su vida. Así, las tierras boscosas y de pastoreo dieron paso al cultivo manual, y en las proximidades del desierto o de tierras casi desérticas, como en el valle del Jordán, se hicieron visibles pequeños oasis, basados en fuentes seguras de agua, acumuladas en grandes cisternas. Sin ese fundamento, sin ese recipiente, sin ese recinto y ese orden, acaso la ciudad nunca habría sido concebida. Esas funciones neolíticas fueron básicas para las finalidades emergentes de la ciudad, que las desvió con fines asombrosamente diferentes.

6. LA CONTRIBUCIÓN DE LA ALDEA

Echemos un vistazo más de cerca a la aldea primitiva, tal como debemos representárnosla en Mesopotamia y el valle del Nilo, entre, digamos, los años 9000 y 4000 a. C. Un amontonamiento de chozas de barro cocido o construidas con barro y cañas, de tamaño reducido, y al comienzo solo un poco mejores que las moradas de los castores. En torno de estas aldeas se encuentran lotes destinados a la horticultura, todos ellos de dimensiones modestas; mas aún no son los campos extensos pero limitados, de forma rectangular, que aparecen con el arado. En las cercanías, en las ciénagas y el río, hay pájaros para atrapar, peces para pescar con redes, complementos de la alimentación que sirven para resolver los problemas que plantea una mala cosecha o para enriquecer la dieta habitual. Pero hasta en el villorrio más primitivo, como puede ser en

la aldea del delta en Merimdeh Beni-Salameh, había una «tinaja inserta en el suelo para desaguar el agua de la lluvia que pasaba por el techo», según observa John A. Wilson. Por otra parte, «la aldea tenía un granero comunal, constituido por cestos tejidos hundidos en la tierra».

La mayor parte de lo que se sabe con respecto a la estructura y el modo de vida de los caseríos y las aldeas del Neolítico procede de los toscos restos conservados en ciénagas de Polonia, fondos de lagos suizos, lodo del delta egipcio, o bien de fragmentos de canciones y relatos registrados mucho después en la cultura alfabetada y urbanizada de sumerios, egipcios y griegos. No cabe esperar que la comparación con la vida aldeana entre tribus sobrevivientes, que se suponen primitivas, pueda dar una relación veraz de esa cultura primitiva entonces en gestación. Pues lo que hoy llamamos primitivo, incluso cuando presenta pocas huellas de contacto reciente con culturas más desarrolladas, tiene tras de sí vínculos continuos y cambios a lo largo de un lapso de historia tan grande como cualquier grupo nacional o unidad urbana más complejo. Tal vez las mejores fuentes de información sobre la primitiva cultura aldeana subsistan en las costumbres y supersticiones que todavía siguen vivas en zonas rurales. Esta cultura arcaica, como la ha llamado André Varagnac, constituye al parecer el estrato invariable que hay por debajo de todas las culturas del Viejo Mundo, por muy civilizadas y urbanizadas que sean.

En todas partes, la aldea es un pequeño conglomerado de familias que oscilan entre una docena y unas setenta, cada una con su propio hogar, su propio dios doméstico, su propio altar, su parcela propia para los entierros, dentro de la casa o en algún cementerio colectivo. Como hablan la misma lengua, se reúnen bajo el mismo árbol o a la sombra de la misma piedra erecta, recorren juntas el mismo sendero trillado de su ganado, todas las familias siguen el mismo modo de vida y participan en las mismas faenas. Si hay una división del trabajo, se trata de una división sumamente

rudimentaria, determinada más por la edad y la fuerza que por una aptitud vocacional: quien mira el rostro de su vecino, ve su propia imagen. En su mayor parte, el tiempo ha disuelto la estructura material de la aldea en el paisaje: solo sus vasijas y sus conchas pueden aspirar a la permanencia; pero la estructura social se ha mantenido resistente y duradera, pues se basa en preceptos, proverbios, historias familiares, ejemplos heroicos y mandamientos atesorados y transmitidos, sin deformaciones, de los ancianos a los más jóvenes.

A medida que la rutina de la agricultura neolítica tuvo más éxito, tendió posiblemente a hacerse más fija y conservadora. A fines de este periodo habían menguado, si es que no habían tocado a su fin, todos los arriesgados experimentos que permitieron distinguir las plantas comestibles de las indigestas o venenosas, así como los que habían llevado a descubrir los secretos de las raíces, las semillas, los cruzamientos y la selección, y los que habían permitido escoger los animales dóciles y mansos que se convirtieron en ayudantes del hombre. Conformidad, repetición y paciencia fueron las claves de esta cultura ya solidificada. Sin duda, le llevó miles de años a la economía neolítica establecer sus límites; pero, una vez que los alcanzó, le quedó poco impulso interno para proseguir el desarrollo. «Afórrate a lo que es bueno y no busques más» fue la fórmula de su satisfacción.

Antes de que el transporte del agua estuviera bien desarrollado, cada aldea constituía, en efecto, un mundo por sí solo, tan separado del resto por la modorra de estar absorto en sí mismo y por el narcisismo, tal vez, como por las simples vallas físicas. Incluso en condiciones primitivas ese conformismo no fue nunca absoluto, esa suficiencia nunca fue completa, esos límites nunca fueron insuperables. Tal vez era necesario ir a otra parte para conseguir una herramienta o «capturar» una novia. Pero el ideal de los aldeanos seguía siendo ese que mucho después describió Laozi en los siguientes términos: «[encontrar] gustosa su propia comida, hermosos sus propios ropajes, apacibles sus propias moradas,

deleitables sus propias costumbres». Entonces «los señoríos lindantes estarían a la vista, hasta se oiría el canto de sus gallos y el ladrido de sus perros, [pero] sus gentes envejecerían y morirían sin haberse visitado jamás». Estas aldeas podían reproducirse y multiplicarse sin impulso alguno por cambiar la pauta de su vida: en la medida que la nutrición y la reproducción, los placeres del vientre y los órganos genitales eran los principales objetivos de la vida, la cultura aldeana del Neolítico satisfacía todas las necesidades.

No cabe duda de que esta descripción general requiere aclaraciones. Tal vez hoy sentimos la tentación de exagerar las cualidades estáticas de la aldea neolítica y vemos en sus características más fluidas las estabilidades, repeticiones y fijaciones que se acumularon en el transcurso de miles de años. A lo largo de milenios tiene que haberse producido cierta concentración de elementos nuevos y un crecimiento aventurado. En la forma externa, la aldea neolítica tenía ya muchas de las características de las ciudades pequeñas, como Lagash en Mesopotamia; a decir verdad, como artefactos puramente físicos no se pueden diferenciar los restos de la gran aldea y de la ciudad pequeña. Si fueran visibles más huellas físicas, podríamos encontrar incluso tantas variedades de trazado como las que Meitzen pudo clasificar con respecto a un periodo muy posterior en la Europa central.

Con todo, la estructura embrionaria de la ciudad ya existía en la aldea. Tanto la casa como el altar, la cisterna, la vía pública y el ágora —que no era aún un mercado especializado— se configuraron inicialmente en la aldea. Se trataba de invenciones y diferenciaciones orgánicas que aguardaban su posterior desarrollo en la estructura más compleja de la ciudad. Lo que es válido para la estructura general de la aldea, también lo es para sus instituciones. Los comienzos de la moral organizada, del gobierno, el derecho y la justicia existían en el consejo de ancianos de la aldea. Thorkild Jacobsen ha demostrado que este grupo representativo, depositario de la tradición, censor de las costumbres, juez del bien y del mal, ya era discernible en el cuarto milenio antes de Cristo en Mesopotamia,

si bien sus orígenes deben de ser anteriores a todo registro. Este órgano rudimentario de gobierno parece caracterizar a las comunidades aldeanas en todos los periodos. Tan importante era esta institución que dejó su huella tanto en el mito religioso como en el funcionamiento real de la ciudad-Estado de Mesopotamia; después, durante miles de años, un consejo babilónico de dioses prolongaría la arcaica pauta aldeana.

Estos consejos espontáneos, unificados por el uso y la necesidad, expresaban el consenso humano, no tanto mediante la adopción de nuevas decisiones como por la aplicación inmediata de normas aceptadas y de decisiones tomadas en un pasado inmemorial. En una cultura oral, solo los ancianos han tenido tiempo suficiente para asimilar todo lo que es necesario conocer: su influencia se deja sentir todavía en comunidades rurales de África, Asia y Sudamérica; y, a decir verdad, despojados de formas ceremoniales, se han mantenido a menudo activos hasta hoy, como vestigios, en una que otra aldea norteamericana. Los ancianos personificaban la sabiduría atesorada de la comunidad: todos participaban, todos concordaban, todos se unían para restablecer un orden comunal, cada vez que se veía trastornado momentáneamente por la disensión o la lucha. Los antiguos griegos pensaban que su respeto por las costumbres y el derecho consuetudinario, en oposición al capricho tiránico, era un producto singular de su cultura. Pero, en realidad, era testimonio de su continuidad, en relación con una democracia aldeana más antigua que hallamos por primera vez en Mesopotamia: institución que parece preceder a todo ejercicio más refinado de control por una minoría dominante, que impone sus tradiciones foráneas o sus innovaciones de un refinamiento igualmente extraño a una población subyugada y también resignada.

Lo mismo ocurre incluso con la religión, que permaneció en el nivel humano, familiar. Aunque cada aldea pudiera tener su altar y su culto locales, comunes a todos los vecinos, hubo una difusión complementaria del sentimiento religioso a través del tótem y el

culto a los antepasados; cada hogar tenía sus propios dioses, como un bien cierto e inalienable, y el jefe de la familia desempeñaba funciones sacerdotales de sacrificio y plegaria, conforme hace todavía hoy durante la Pascua en las familias judías ortodoxas. En general, la aldea contribuía a la difusión del poder y la responsabilidad: las potencialidades de diferenciación y especialización permanecieron en gran parte latentes, en tanto que el desapego, la disconformidad, la innovación y la invención quedaban reducidos al más módico mínimo tolerable, cuando no se los extirpaba implacablemente. En esta cercanía e intimidad, viéndose cara a cara todos los días, cada uno de los miembros de la comunidad estaba a la altura de los demás. Solo la edad establecía una precedencia y una autoridad.

En cuanto quedaron establecidas las principales invenciones e instituciones neolíticas, la vida aldeana podía proseguir en ese mismo nivel durante miles de años, contentándose tan solo con mantener sus características. La última gran modificación la produjo el cultivo con arado y el remplazo de las herramientas de piedra por otras de metal. Tiene que haber existido un periodo bastante prolongado durante el cual no hubo nada que mereciera el nombre de ciudad cabal, totalmente diferenciada. Pero las gradaciones entre las aldeas neolíticas y las ciudades neolíticas son tan poco perceptibles, y tantos son los puntos de semejanza, que se siente la tentación de pensar que se trata simplemente de las formas juvenil y adulta de la misma especie. Esto se aplica en gran medida a su forma física, pero no a sus instituciones sociales. Muchos rasgos de la ciudad estaban latentes, y a decir verdad presentes en forma visible, en la aldea; pero esta existía cómo el óvulo sin fertilizar más que como embrión en desarrollo, pues hacía falta toda una serie de cromosomas complementarios procedentes de un progenitor masculino para dar lugar a los posteriores procesos de diferenciación y desarrollo cultural complejo.

7. EL NUEVO PAPEL DEL CAZADOR

Cuando se trata de interpretar la sucesión de culturas se corre el riesgo de tomar demasiado en serio su estratificación. Si bien el debido respeto a los estratos constituye una necesidad para la arqueología, como modo de precisar las filiaciones culturales y las sucesiones temporales, solo una cultura material que está muerta y enterrada puede permanecer estratificada, sin experimentar desplazamientos y conmociones; en tanto que la cultura no material es de consistencia fibrosa en su mayor parte: aunque sus largas fibras pueden romperse a menudo, atraviesan todas las capas e incluso, cuando se tornan invisibles, pueden desempeñar una parte activa.

Así, aunque basándonos en los datos que hoy poseemos, remontemos con justicia la ciudad física hasta las últimas fases de la cultura neolítica, el surgimiento real de la ciudad se produjo como resultado final de una unión previa entre los componentes paleolítico y neolítico. Si lo que conjeturo es exacto, esta unión fue apoyada, si es que no determinada, por el último gran avance de la revolución agrícola: la domesticación de los cereales y la introducción de la cultura del arado y el regadío. El resultado final fue el enlace de todo el grupo de instituciones y controles que caracterizan la «civilización».

En ese momento, la contribución masculina, reprimida y domada, cuando no rechazada, por los anteriores actos de domesticación, volvió súbitamente con vigor redoblado, trayendo consigo un nuevo dinamismo, expresándose como un deseo de dominar y controlar la naturaleza, de domar y someter animales corpulentos o fogosos — como el asno, el caballo, el camello y el elefante— y, sobre todo, de ejercer, en parte por el imperio de las armas, un poder de presa sobre otros grupos humanos. Ni la cultura paleolítica ni la neolítica fueron capaces de hacer por sí solas lo que ambas consiguieron mediante una unión de sus funciones y talentos complementarios.

Sin lugar a dudas, la noción de que la cultura paleolítica fue totalmente remplazada por la cultura neolítica es una ilusión. Hoy mismo, en los alrededores de cualquier gran ciudad, en un domingo

de primavera, miles de pescadores cubren las orillas de los ríos y las riberas de los lagos, entregados a la antigua ocupación paleolítica de la pesca; mientras que, más avanzado el año y en puntos más distantes, otros individuos practicarán una actividad aún más antigua, pues se dedicarán a recoger hongos, frutas o nueces, a recolectar conchas y maderas arrojadas por el mar o bien cavarán en las playas en busca de almejas; es decir, seguirán haciendo, por diversión, lo que el hombre primitivo hacía para sobrevivir.

Conviene ahora que nos preguntemos qué fue del cazador paleolítico cuando el cultivo con azada y el de los árboles hizo posible la fundación de aldeas. Sin duda fue expulsado de las zonas agrícolas, puesto que si en ellas podía encontrarse caza menor, los aldeanos la harían caer en sus trampas o le darían caza, en tanto que los animales más grandes eran desplazados hacia las ciénagas y las tierras altas; o bien se los consideraría más como un peligro para las cosechas que como una fuente benéfica de alimentación. Con el advenimiento de la agricultura, las oportunidades del cazador se redujeron. Si recordamos la actitud de *Leatherstocking* ante los primeros desbroces agrícolas nos será más fácil entender esta reacción primitiva. Pero, con el tiempo, tal vez las comodidades y amenidades de la vida en la aldehuela despertaron cierto grado de insatisfacción y envidia, por muy desdeñosamente que el cazador rechazara la monótona rutina y la seguridad tediosa que el éxito de la agricultura traía consigo.

Ahora bien, aparte de unas cuantas dudosas pinturas rupestres en las que pueden verse hombres que se enfrentan con sus arcos tendidos, no hay datos primitivos que sugieran que los cazadores se cazaran entre sí. Durante largo tiempo, las únicas víctimas de la caza fueron las aves y otros animales. Pero abundan los datos procedentes de la zoología que corroboran la creencia de que, planteada la opción, las criaturas rapaces prefieren a menudo una existencia suave a una dura y se acostumbran tanto a la vida más descansada que se entregan al parasitismo, viviendo de un anfitrión que al menos se muestra tolerante, aunque no sea del todo

complaciente. Pero, hasta cierto punto, esta puede ser también una eficaz relación simbiótica; pues a cambio de su parte de las provisiones, la criatura rapaz puede proteger el nido de otros enemigos.

Nos faltan los datos concretos relativos a este intercambio de servicios, pues el fenómeno es anterior a los registros históricos; e incluso los sugerentes restos materiales que podrían indicar una nueva relación entre grupos paleolíticos y neolíticos son escasos y se prestan a diversas interpretaciones. Pero antes del surgimiento de la ciudad se tienen ya en Palestina claros indicios de que el campamento momentáneo del cazador se había convertido en una fortaleza cuya ocupación era ininterrumpida. Esta plaza fuerte es sostenida por alguien que el arqueólogo describe, en forma demasiado vaga, como el «jefe local», quien, evidentemente, no actuaba solo sino con el apoyo de una banda de seguidores. Al principio es posible que estos cazadores no solo fueran tolerados sino mirados realmente con buenos ojos, pues el cazador desempeñaba un papel útil en la economía neolítica. Con su dominio de las armas y su destreza en la lanza, podía proteger la aldea de sus enemigos más serios, probablemente los únicos que tenía: el león, el tigre, el lobo y el cocodrilo. El cazador siempre sabía cómo acechar y dar muerte a esas bestias, en tanto que es posible que el aldeano careciera de las armas necesarias y, más aún, de la audacia para cazarlas. Con el trascurso de los siglos, tal vez la seguridad hizo al aldeano pasivo y tímido.

A esta altura, los registros escritos vienen en nuestra ayuda, si bien el primer acuerdo entre aldea y fortaleza debe ser muy anterior a ellos. El arquetipo de caudillo en la mitología sumeria es Gilgamesh, el cazador heroico, el protector vigoroso y, lo que no es menos significativo, el constructor de la muralla en torno a Uruk. Y en el antiguo relato babilónico de las hazañas de otro cazador, Enkidu, podemos leer que «empuñó su arma: atacaría leones. Se quedaron los pastores acostados por la noche: mató a los lobos y a

los leones los echó. Dormían los mayores: Enkidu es su guarda, un hombre despierto».

No se trata de la alabanza servil a un conquistador sino de la gratitud a un protector amistoso, cuyos servicios todavía fueron necesarios durante largo tiempo. Aún en el siglo VII a. C., una estela erigida por Asurbanipal describe la ferocidad de los leones y de los tigres después que lluvias torrenciales convirtieron la tierra en una selva de cañaverales. Asurbanipal se jacta allí de la eficacia con que erradicó estas bestias de sus cubiles. Pero, a estas alturas de los tiempos, por desgracia, el papel benéfico del cazador ya estaba empañado por la sádica ambición de poder; y, como ya no podía contar con el agradecimiento espontáneo de la comunidad, el rey-cazador cubría el silencio con la autoalabanza.

Es fácil pensar que las aldeas protegidas por el cazador florecieran mejor que aquellas cuyas cosechas podían ser pisoteadas por manadas salvajes o cuyos pequeños podían ser mutilados y devorados por fieras merodeadoras. Pero la misma prosperidad y la misma paz de la aldea neolítica puede haber llevado a sus protectores a cambiar el papel de perros guardianes por el de lobos, exigiendo —por así decir— «pago por protección», en una operación comercial cada vez más unilateral. Tal vez a nuestros abuelos Victorianos les resultara difícil comprender esto, pero en los Estados Unidos de hoy, donde uno u otro jefe mañoso controla prósperas empresas comerciales y sindicatos poderosos, estableciendo impuestos inflados aunque subrepticios sobre las diversiones, los transportes y la construcción, sobornando descaradamente a jueces y asociándose con policías, estamos en mejores condiciones para entender el mito de aquellos remotos caudillos. Los aldeanos, intimidados, se sometían, para que el protector no mostrara colmillos más fieros que los de las bestias contra las que ofrecía protección. Esta evolución natural del cazador hacia el líder político le allanó posiblemente el camino para su posterior ascenso al poder. Ya en los monumentos protoalfabetos, según señalara Henri Frankfort, «el cazador aparece con las

vestiduras y con el tocado distintivo que caracteriza a los jefes, quizás a los reyes».

El mango del cuchillo predinástico, procedente de Gebel el Arak, confirma asimismo este doble papel del cazador. Por un lado, muestra a un solo cazador que somete bestias salvajes, incluyendo leones y elefantes; por otro, a hombres en dura pugna, dos de los cuales esgrimen mazas, arma feroz que tal vez sea responsable de muchas de las lesiones en los huesos que se observan en los esqueletos de este periodo. A diferencia de las primeras armas para cazar, como el cuchillo, la flecha y la lanza, la maza estaba destinada particularmente a herir y matar hombres; así, naturalmente, se convirtió en el símbolo de una autoridad real basada en el dominio militar. Con respecto a este doble papel del cazador-jefe que se transforma en rey, las pruebas procedentes de Mesopotamia y Egipto felizmente coinciden.

Sin embargo, no conviene exagerar el factor coercitivo, sobre todo en los comienzos. Posiblemente, este solo apareció con la mayor concentración de poder técnico, político y religioso que transformó al rústico jefe primitivo en el rey que infundía pavor. Desde el principio, hubo un aspecto benigno en esta relación, tal vez un verdadero desplazamiento del interés que se pusiera en la fiera que era necesario perseguir y matar hacia el animal doméstico que era necesario proteger y mantener en su rebaño; en otras palabras, el paso de la concepción del animal como una presa que se captura, porque se tiene hambre y hay que comerla, al proceso de engordar la futura víctima y esperar el momento oportuno para matarla.

Hay una línea de un arcaico poema mesopotámico que demuestra que el pastor no era mal recibido cuando llevaba a pastar sus majadas al prado del agricultor, tal vez porque este cultivador ya se había dado cuenta de la importancia del abono. La libertad de que goza el pastor para vagar con sus rebaños lo pone, en espíritu, más cerca del cazador que de los labradores, atados a la gleba. Uno y otro aparecen en la fábula como admirables figuras heroicas, en tanto que el campesino productor desempeña un papel mezquino,

cuando no representa el mal, como Caín en el Génesis. En su encuentro con el pastor Dumuzi, la actitud del agricultor es conciliadora y se resigna a ocupar un papel secundario. En realidad, el pastor puede ser visto como el hermano espiritual del cazador, como la mejor parte de su ser, que subraya la función protectora en vez de la predatoria. Uno de los reyes arcaicos, Etana, era pastor, como también lo eran los dioses Lugubanda y Dumuzi en la mitología mesopotámica, y asimismo David en Israel, en un periodo muy posterior, mientras que Hammurabi, gran organizador y conquistador, aún se presentaba como el pastor de sus pueblos.

Ambos oficios reclaman capacidad de gobierno y responsabilidad en los que están arriba y exigen docilidad en los que están abajo. Pero el oficio de cazador realzó la voluntad de poder y llegó a trasladar su destreza para cazar los animales salvajes a la más altamente organizada dedicación de disciplinar y dar caza a otros hombres; en tanto que el oficio de pastor tendía a reprimir la fuerza y la violencia, y al establecimiento de cierta medida de justicia que sirviera para proteger incluso al miembro más débil de la grey. Sin lugar a dudas, la coerción y la persuasión, la agresión y la protección, la guerra y la ley, el poder y el amor, estaban solidificados por igual en las piedras de las primeras comunidades urbanas, cuando finalmente tomaron forma. Al aparecer la monarquía, el señor de la guerra y el señor de la ley pasó a ser, también, señor de la tierra.

Si esto constituye una extrapolación necesariamente mítica de los hechos conocidos, sirve no obstante para sugerir cómo las ofrendas voluntarias se convertirían en tributo y el propio tributo se organizaría luego en forma de diezmos, impuestos, trabajos forzados, ofrendas de sacrificio e incluso sacrificios humanos. Sostengo que a estas alturas no se encuentran aún elementos que permitan suponer la existencia de la guerra. En las aldeas neolíticas que han sido exhumadas se nota claramente la ausencia de cualquier elemento que merezca el nombre de arma; y por más que esto constituye una prueba negativa, se ajusta bien a la imagen de

comunidades autónomas, demasiado pequeñas, demasiado carentes de excedente de mano de obra, demasiado distantes las unas de las otras y demasiado pobres en medios cómodos de movimiento hasta que se inventaron los barcos, para que tuvieran necesidad alguna de apretujarse entre sí o de hollar el dominio ajeno. La guerra primitiva de «todos contra todos» es un cuento de hadas: el belicoso hombre primitivo de Hobbes tiene aún menos realidad histórica que el buen salvaje de Rousseau. Como ocurre entre las aves, la «territorialidad» pudo resolver amistosamente los problemas de límites que solo más tarde, al hacerse presente un interés más «civilizado» en los bienes y privilegios, llevaría a conflictos brutales.

Los primeros castillos y fortalezas no son indicios de guerra y enfrentamiento entre comunidades opuestas, sino del dominio unilateral de un grupo relativamente amplio por parte de una pequeña minoría. La opresión y el control que impusiera mediante las armas se alcanzaban en el plano de la comunidad, y no desde el principio en luchas contra otras comunidades. En un comienzo, el ejercicio de las armas permitió a los «nobles» alcanzar su legendario poder *sobre sus propios campesinos*. Es posible que tanto la rivalidad como los conflictos, la violencia y el mismo asesinato existieran en diversos grados en todos los grupos, por más que, posiblemente, la importancia de estos elementos ha sido exagerada por ciertos estudiosos modernos, que atribuyen a los tiempos primitivos las aberraciones y los delitos que les son peculiares, en escala aumentada, a las civilizaciones «superiores». De cualquier modo, el juicio que Bronislaw Malinowski formula a este respecto me parece sensato: «Si sostenemos que la guerra es una lucha entre dos grupos independientes y políticamente organizados, esta no se da en el nivel primitivo».

A mi juicio, la agresión militar colectiva es una invención propia de la civilización, en la misma medida que lo es la expresión colectiva de la curiosidad mediante la investigación científica sistemática. El hecho de que los seres sean curiosos por naturaleza

no dio lugar inevitablemente a la ciencia organizada; y el hecho de que sean propensos a la ira y la pugnacidad no bastó por sí solo para crear la institución de la guerra. Esta última, al igual que la ciencia, es un logro histórico, limitado culturalmente; testimonio de un vínculo mucho más tortuoso entre complejidad, crisis, frustración y agresión. En este sentido, las hormigas pueden enseñarnos mucho más que los antropoides... o que el hipotéticamente combativo «hombre de las cavernas», cuyas características, puramente imaginarias, se asemejan curiosamente a las de un empresario capitalista del siglo XIX.

8. LA UNIÓN PALEOLÍTICO-NEOLÍTICA

Sobre lo que realmente sucedió antes del surgimiento de la ciudad solo es posible conjeturar. Quizá los grupos restantes de cazadores paleolíticos y los nuevos pobladores neolíticos, unos y otros igualmente escasos para imponerse, comenzaron a ocupar el mismo territorio y se mantuvieron juntos el tiempo necesario para absorber una parte de las costumbres ajenas e intercambiar algunas de sus herramientas. Si uno se atreve a llamar, a esto el matrimonio de las dos culturas, lo más posible es que, al principio, fueran socios en igualdad de condiciones, pero la relación se torna cada vez más unilateral a medida que las armas y los hábitos coercitivos de la minoría agresora se vieron reforzados por la paciente capacidad de trabajo que mostraban los pueblos neolíticos que pulían la piedra. Como sucede con frecuencia, el elemento rechazado de la cultura anterior (el cazador) se convirtió en el nuevo dominador en la comunidad agrícola, pero ahora tenía que actuar como autoridad de un tipo superior de organización. Las armas ya no solo servían para matar animales sino también para amenazar y mandar a los hombres.

La interacción entre las dos culturas se desarrolló a lo largo de un dilatado periodo; pero, al final, los procesos masculinos se impusieron por puro dinamismo a las actividades más pasivas,

gestoras de vida, que llevaban la impronta de la mujer. Los mismos elementos de la procreación fueron sacados de la esfera de la mujer, al menos en el plano imaginativo: uno de los primeros textos egipcios presenta a Atum creando el universo con su propio cuerpo, mediante la masturbación. Difícilmente el orgulloso macho podría haber usado términos más claros para indicar que, en el nuevo plan de vida, la mujer no contaba ya. En la primitiva sociedad neolítica, antes del cultivo de los cereales, la mujer había sido el elemento supremo: el sexo mismo era poder. Esto no constituía una mera expresión de la fantasía, realizada por el deseo físico, puesto que el interés de la mujer en la crianza de los niños y el cuidado de las plantas había convertido la existencia ansiosa, timorata y recelosa del hombre primitivo en una existencia de previsión competente, con una prudente garantía de continuidad, ya no del todo a merced de fuerzas que escapaban al control humano. Incluso en la forma de energía física, la revolución agrícola fue, a través de la domesticación, el paso más importante hacia el dominio de la energía solar, sin rival hasta las invenciones que comenzaron con el molino hidráulico y que han llegado a su culminación con la energía nuclear. Esto fue algo así como la «explosión de las flores», para usar la bella expresión de Loren Eiseley, que millones de años antes transformó el mundo vegetal. La mujer neolítica tenía tantos motivos para sentirse orgullosa de su contribución como la mujer de la era nuclear los tiene para recelar por el destino de sus hijos y de su mundo.

Si se tuviera alguna duda en cuanto al inicial papel rector de la mujer, podría obtenerse una confirmación en los más antiguos mitos religiosos, pues en ellos su feminidad dominadora manifiesta también atributos extremadamente salvajes, que sugieren que la mujer había adoptado demasiados rasgos del papel masculino. Estos atributos subsisten hoy en la terrible figura de la diosa hindú Kali. Sin lugar a dudas, la más antigua deidad mesopotámica fue Tiamat, la madre primordial de las aguas, tan hostil a sus hijos rebeldes como el clásico patriarca freudiano; en tanto que el culto de

Cibeles, la Gran Madre, como amante y feroz señora, dominadora de leones, siguió hasta muy entrados los tiempos históricos en Asia Menor, si bien se la complementó con imágenes más gentiles y maternales, como la de Démeter, madre de las cosechas.

Acaso por ceder este elemento de poderío a dioses más masculinos, la mujer fue capaz de concentrarse en aspectos menos primitivos de su sexualidad, ternura, belleza y deleite erótico: Ishtar, Astarté, Afrodita. Al mismo tiempo, el macho reaccionó excesivamente contra el lado femenino de su propia naturaleza: el nuevo héroe-cazador se envanece de sus proezas masculinas, de sus hazañas musculares, de sus ostentaciones de un coraje animal al despanzurrar fieras mortíferas y aplastar a guerreros rivales; pero, a menudo, volviendo la espalda a la mujer, a fin de mantener su atención más fija en su misión, temeroso de perder su fuerza entre los brazos de la hembra, como Sansón o como un boxeador de hoy. Así Gilgamesh desdeñó las insinuaciones amorosas de Inanna.

Y, como parte de la misma actitud, bueno es recordar que Enkidu fue vencido al caer en la trampa de tener relaciones íntimas con una prostituta de Uruk; tras lo cual, asqueadas por semejante exhibición de debilidad, las gacelas y las fieras de la estepa huían de él. Tradicionalmente, la virtud específica del cazador-héroe consistía en proezas de audacia y fuerza muscular, como mover enormes rocas, desviar el curso de los ríos y manifestar desdén ante el peligro y la muerte. En su corpulenta figura se produce la primera ampliación general de las dimensiones que tiene lugar con el surgimiento de la ciudad. E igualmente la primera concentración en la proeza física y el poder mecánico como fines en sí mismos.

De modo que la ciudad, si mi interpretación de sus orígenes es justa, fue el principal fruto de la unión entre la cultura neolítica y una cultura paleolítica más arcaica. En el nuevo ambiente protourbano, el macho se convirtió en la figura rectora, y la mujer pasó a ocupar un segundo puesto. Su azadón fue remplazado por el arado, herramienta más eficaz que, tirada por bueyes, podía abrir surcos en el suelo más duro de las tierras bajas. Incluso las diosas

femeninas cedieron, hasta cierto punto, ante Osiris y Baco, precisamente en los dominios de la agricultura y las invenciones, donde la mujer había sido más activa. La fuerza de la mujer residió en sus ardides y conjuros peculiares, en los misterios de la menstruación, la cópula y el alumbramiento, en las artes de la vida. Ahora la fuerza del hombre consiste en proezas de agresión y fuerza, en demostrar su capacidad para matar y su propio desdén de la muerte, en superar obstáculos e imponer su voluntad a otros hombres, destruyéndolos si se resisten. ¿No es significativo que, según los egiptólogos, se produjera una mejora en la calidad de las armas afiladas y una disminución en la de los recipientes de piedra y arcilla en el periodo predinástico de Egipto, cuando aparecen las primeras pruebas concluyentes de la existencia de guerras, tanto en los túmulos sepulcrales como en las obras de arte?

Como consecuencia de esta unión de las dos culturas, posiblemente tuvo lugar en todos los aspectos la forma más amplia de cruzamiento y mezcla. Esto confirió a la ciudad potencialidades y capacidades que ni el cazador, ni el minero, el ganadero o el campesino habrían sido capaces de explotar, en caso de haber quedado librados a sus solos esfuerzos en su hábitat regional. Allí donde el cultivo con la azada sustentaba caseríos, el cultivo con el arado pudo sostener ciudades y regiones enteras. En tanto que el esfuerzo local solo podía construir pequeños malecones y represas, las obras urbanas cooperativas a gran escala pudieron convertir todo un valle fluvial en una organización unificada de canales y obras de irrigación para la producción de alimentos y el transporte, trasladando hombres, enseres y materias primas según los dictados de la necesidad.

Bien pronto este cambio dejó su huella en todo el paisaje. Más aún, dejó un sello en las relaciones humanas dentro de la comunidad. Los simbolismos y abstracciones masculinos se pusieron de manifiesto: se presentan en la insistente línea recta, el rectángulo, el trazado geométrico bien delimitado, la torre fálica y el obelisco y, por último, en los comienzos de las matemáticas y la

astronomía, cuyas eficaces abstracciones se separaron, paulatinamente, de la abigarrada matriz de la mitología. Acaso es un hecho significativo que, en tanto que las ciudades primitivas dan la impresión de ser en gran parte de forma circular, la ciudadela del gobernante y el recinto sagrado están más frecuentemente encerrados en un rectángulo.

En la ciudad, nuevos hábitos, rigurosos, eficaces, a menudo duros y hasta sádicos, pasaron a ocupar el puesto de antiguas costumbres y de una cómoda rutina de ritmo lento. El mismo trabajo quedó aislado de las demás actividades y se canalizó en una «jornada laboral» de faena incesante, bajo la dirección de un capataz: era el primer paso dado en esa «revolución de los gestores» que ha llegado a su apogeo en nuestros días. Lucha, dominación, superioridad y conquista eran los nuevos temas; ya no la protección y la prudencia, la firme adhesión o el aguante pasivo de la aldea. Ni la aldea aislada, ni un millar de aldeas aisladas, podían hacer frente a esta expansión demasiado copiosa del poder: la aldea existía como receptáculo de funciones más limitadas y de intereses más estrictamente maternos y orgánicos. Pero la parte de la cultura aldeana que era capaz de participar en este desarrollo fue trasladada a la ciudad y utilizada sistemáticamente en el nuevo modo de vida.

Pese a todo, los elementos originales de la ciudad no han desaparecido nunca del todo; a decir verdad, cada uno de ellos prosiguió floreciendo por derecho propio, por más que una parte de su existencia pudiera ser absorbida por la ciudad. Así, la aldea se multiplicó y difundió por la tierra entera con más rapidez y más eficacia que la ciudad; y si bien se encuentra ahora al borde del colapso por la urbanización, mantuvo el antiguo estilo de vida popular durante milenios y sobrevivió al continuo ascenso y destrucción de sus rivales más grandes, más ricos y más atractivos.

Como destacó Patrick Geddes, la jactanciosa afirmación de la aldea de Musselburgo tiene una sólida justificación histórica:

Musselburgo era un burgo
cuando no había Edimburgo
y Musselburgo será un burgo
cuando ya no haya Edimburgo.

También la ciudadela sobrevive. Aunque las formas y funciones del gobierno han cambiado en el curso de los últimos cuatro mil años, la ciudadela ha tenido una existencia ininterrumpida y todavía hoy es visible. Desde el Castel Sant'Angelo al refugio de cemento armado junto al Arco del Almirantazgo en Londres, desde el Kremlin hasta el Pentágono, y de aquí a nuevos centros subterráneos de control, la ciudadela corresponde todavía tanto a los absolutismos como a las irracionalidades de sus más remotos ejemplares. También el santuario ha conservado una existencia independiente. Algunos de los santuarios más famosos no se convirtieron nunca en grandes ciudades por derecho propio, si bien centros más grandes a menudo les sirven de complemento. En términos religiosos, Londres y Bagdad son secundarias en relación con Canterbury y La Meca; mientras que las ciudades que han formado objetos especiales de peregrinaje, como Santiago de Compostela y Lourdes, no han desarrollado, por lo común, más funciones urbanas que las de atención al santuario. Corroborando lo dicho, cada elemento nuevo de la ciudad ha aparecido inicialmente, por lo común, fuera de sus límites, antes de que la ciudad lo adoptara.

La cristalización de la ciudad

1. LA PRIMERA TRANSFORMACIÓN URBANA

Teniendo en cuenta sus rituales satisfactorios y sus limitadas capacidades, lo más probable es que un simple aumento en las cifras no bastara para convertir una aldea en ciudad. Este cambio exigía un desafío exterior que apartara a la comunidad, de forma tajante, de los intereses axiales de la nutrición y la reproducción; es decir, un objetivo situado más allá de la mera supervivencia. De hecho, la mayor parte de la población del mundo nunca respondió a este desafío; y, hasta el actual periodo de urbanización, las ciudades solo contenían una pequeña fracción de la humanidad.

La ciudad apareció como un hecho emergente en la comunidad paleoneolítica: emergente en el sentido preciso en que han usado este concepto Lloyd Morgan y William Morton Wheeler. En la evolución emergente, la introducción de un nuevo factor no se limita a aumentar la masa existente sino que produce un cambio global, una nueva configuración que altera sus propiedades. Se hacen visibles entonces, por primera vez, potencialidades que no podrían reconocerse en la fase preemergente, como la posibilidad de desarrollo de vida orgánica a partir de la materia «muerta» relativamente estable e inorgánica. Lo mismo sucede en el caso del salto desde la cultura rural. En el nuevo plano, los antiguos elementos de la aldea fueron conservados e incorporados a la unidad urbana; pero, por la acción de nuevos factores, fueron reorganizados en una configuración más compleja e inestable que la de la aldea, aunque en una forma que promovió nuevas transformaciones y evoluciones. La composición humana de la nueva unidad se hizo, asimismo, más compleja; pues, además del cazador, el labriego y el campesino, otros tipos primitivos ingresaron

en la ciudad aportando su propia contribución a su existencia: el minero, el leñador y el pescador, que introdujeron así las herramientas, las habilidades y los hábitos de vida constituidos bajo otras presiones. El ingeniero, el barquero y el marino surgieron de este fondo primitivo más generalizado, en uno u otro punto de la sección del valle: de todos estos tipos iniciales, se desarrollarían otros grupos profesionales, como el militar, el banquero, el mercader y el sacerdote. A partir de esta complejidad, la ciudad creó una unidad más elevada.

Esta nueva mezcla urbana dio lugar a una enorme expansión de las capacidades humanas en todas las direcciones. La ciudad efectuó la movilización de la mano de obra, el control de los transportes con largos recorridos, la intensificación de la comunicación a largas distancias en el espacio y el tiempo, un estallido del espíritu inventivo conjuntamente con el desarrollo a gran escala de la ingeniería civil y, lo que no es menos importante, la promoción de un gigantesco desarrollo ulterior de la productividad agrícola.

Esta transformación urbana se vio acompañada, tal vez precedida, por efusiones similares del inconsciente colectivo. En algún momento, según parecería, los dioses familiares y locales, apegados al fuego del hogar, fueron abrumados, en parte remplazados y ciertamente superados en jerarquía por los distantes dioses celestes o telúricos que se identificaban con el sol, la luna, las aguas de la vida, el trueno y el desierto. El jefe local se convirtió en el rey majestuoso y, del mismo modo, se convirtió en el principal guardián sacerdotal del altar, dotado ahora de atributos divinos o poco menos. Ahora se mantendría a la distancia a los vecinos de la aldea: ya no eran familiares e iguales, sino que habían quedado reducidos a la condición de súbditos, cuyas vidas eran fiscalizadas y dirigidas por funcionarios militares y civiles, por gobernadores, visires, recolectores de impuestos y soldados, quienes eran responsables directos ante el rey.

Hasta los antiguos hábitos y costumbres de las aldeas podían modificarse en obediencia a los mandatos divinos. Al agricultor de la aldea ya no le era suficiente producir bastante para alimentar a su familia o a su aldea: ahora debía trabajar con más ahínco y practicar la frugalidad para mantener una burocracia real y sacerdotal con excedentes más abundantes. Pues los nuevos amos eran ávidos comilones y, sin tapujos, medían su poderío no solo en armas sino en hogazas de pan y cántaros de cerveza. En la nueva sociedad urbana la sabiduría de los ancianos ya no poseía autoridad: fueron los jóvenes de Uruk quienes, contra el consejo de los ancianos, apoyaron a Gilgamesh cuando este propuso que se atacara a Kish, en vez de ceder a las exigencias del señor de dicha ciudad. Aunque las relaciones familiares aún contaban en la sociedad urbana, la capacidad profesional y la audacia juvenil contaban más todavía, si conquistaban el apoyo del rey.

Cuando todo esto sucedió, la arcaica cultura aldeana cedió ante la «civilización» urbana, esa peculiar combinación de creatividad y control, de expresión y represión, de tensión y descarga, cuya manifestación exterior ha sido la ciudad histórica. A partir de sus orígenes, la ciudad puede describirse como una estructura equipada especialmente para almacenar y transmitir los bienes de la civilización, suficientemente condensada para proporcionar la cantidad máxima de facilidades en un espacio mínimo, pero capaz también de un ensanche estructural que le permita encontrar lugar para las nuevas necesidades y las formas más complejas de una sociedad en crecimiento y su legado social acumulativo. La invención de formas como el registro escrito, la biblioteca, el archivo, la escuela y la universidad, es uno de los primeros y más característicos logros de la ciudad.

Gordon Childe bautizó la transformación que ahora trato de describir con el nombre de revolución urbana. Esta expresión hace justicia al papel activo y de importancia crítica de la ciudad; pero no indica con exactitud el proceso, pues una revolución implica trastocar las cosas y un movimiento progresivo separado de las

instituciones gastadas que se dejan atrás. Con la perspectiva de nuestra época, parece indicar algo semejante al desplazamiento general que tuvo lugar al producirse nuestra revolución industrial, con la misma suerte de énfasis en las actividades económicas. Esto oscurece en vez de aclarar el fenómeno que en realidad se produjo. En lugar de relegar al olvido elementos más primitivos de la cultura, el surgimiento de la ciudad los reunió aumentando su eficacia y su alcance. Hasta el fomento de ocupaciones no agrícolas aumentó la demanda de alimentos y, probablemente, contribuyó a que se multiplicaran las aldeas y a que se ganaran nuevas tierras para los cultivos. En el interior de la ciudad fueron muy pocos los elementos del antiguo orden que en un comienzo se excluyeron; por ejemplo, la misma agricultura en Sumer siguió siendo practicada, a gran escala por aquellos que vivían permanentemente dentro de las nuevas poblaciones amuralladas.

Más bien, con el surgimiento de las ciudades sucedió que muchas funciones que hasta entonces habían estado diseminadas y desorganizadas quedaron reunidas dentro de una superficie limitada y se mantuvo a las partes integrantes de la ciudad en un estado de tensión dinámica e interacción. En esta unión, casi impuesta por el estricto cerco de la muralla de la ciudad, las partes ya bien establecidas de la protociedad —el santuario, la fuente, la aldea, el mercado, la fortaleza— participaron de la ampliación y concentración generales en número, y sufrieron una diferenciación estructural que les dio formas reconocibles en cada una de las fases subsiguientes de la cultura urbana. La ciudad demostró ser no solo un medio de expresar en términos concretos la exaltación del poder sagrado y secular, sino que, de una manera que iba mucho más allá de la intención consciente, extendió también todas las dimensiones de la vida. Tras comenzar como representación del cosmos, como medio de traer el cielo a la tierra, la ciudad se convirtió en un símbolo de lo posible. La utopía era parte integrante de su constitución original y, precisamente porque se modeló en un comienzo como proyección ideal, trajo a la luz realidades que

podrían haber permanecido latentes durante un tiempo indeterminado en pequeñas comunidades regidas con más sobriedad, con aspiraciones más moderadas y renuentes a hacer esfuerzos que trascendieran tanto sus hábitos cotidianos como sus esperanzas mundanas.

Como hemos visto, en este proceso de auge de la ciudad el elemento dinámico no procedía de la aldea. A este respecto, hay que concederles su mérito a los nuevos gobernantes, ya que sus prácticas cinegéticas los habían acostumbrado a un horizonte más amplio del que la cultura aldeana escrutaba habitualmente. Algunos arqueólogos han señalado que existe incluso la posibilidad de que los primeros recolectores de grano, en las mesetas de Oriente Próximo, hayan sido cazadores que juntaban las semillas en sus bolsas de raciones, mucho antes de saber cómo se hacía para plantarlas. La movilidad del explorador, el espíritu de juego y la aceptación de los riesgos, la capacidad para hacer frente a la muerte en sus encuentros con bestias feroces —matar o ser muerto—, todo esto le confería al cazador una preparación especial para ejercer el mando con seguridad. Estos rasgos fueron las bases del dominio de la aristocracia. Enfrentada a las complejidades de la vida de la comunidad a gran escala, la audacia individualista tenía más posibilidades de éxito que las lentas reacciones comunales que fomentaba la aldea agrícola.

En una sociedad enfrentada a gran número de cambios sociales producidos por sus mismos perfeccionamientos mecánicos y agrícolas, que a su vez provocaban graves crisis que reclamaban la pronta adopción de medidas, bajo un mando unificado, resultaba impotente la sabiduría popular acumulada, nacida tiempo atrás de anteriores experiencias en situaciones familiares. Solo el hombre de espíritu aventurero y seguro de sí mismo podía controlar, hasta cierto punto, estas nuevas fuerzas y tener suficiente imaginación como para utilizarlas con fines hasta entonces inconcebibles. Ya no era suficiente la «familiaridad» neolítica. Muchas aldeas, perplejas y anonadadas por los campos anegados o las cosechas arruinadas,

debieron de apartarse de sus lentos consejos de ancianos, tan cautelosos, para volverse hacia una sola figura que les hablaba con autoridad y daba órdenes perentorias, como si esperara ser obedecida al instante.

Sintomáticamente, en la epopeya acadia de la creación, según la traducción de E. A. Speiser, Marduk impone la obediencia incondicional como precio por el logro de la victoria sobre el más primitivo Tiamat:

Reunid la Asamblea, proclamad supremo mi destino.

[...] Que mi palabra, en vez de la vuestra, determine los destinos.

Inalterable ha de ser lo que yo traiga a la luz;

ni revocada ni cambiada ha de ser la orden salida de mis labios.

Sin duda, la imaginación del cazador, no menos que su audacia, estuvieron allí desde un comienzo, desde mucho antes que una y otra se canalizaran políticamente; pues es evidente que hay un sentido estético más imponente en la caverna del cazador paleolítico que en cualquier cerámica o escultura arcaica del Neolítico. Nada comparable con la espléndida sensibilidad estética que hallamos en las cavernas auriñacienses se vuelve a encontrar hasta la época calcolítica. Pero ahora los esfuerzos heroicos, que antes se reservaban principalmente para las cacerías, se aplicaban a todo el medio físico. Nada proyectado por el espíritu parecía imposible. Aquello que, con el favor de los dioses, un hombre singularmente seguro de sí mismo se atreviera a soñar, una ciudad entera, obediente a su voluntad, podría hacerlo. Ya no solo las fieras serían sometidas: ahora también ríos y montañas, ciénagas y masas de hombres serían atacados colectivamente por mandato del rey y sometidos al orden. Se emprendían ahora esfuerzos agotadores que ninguna comunidad pequeña se impuso, en tanto que la naturaleza había satisfecho sus necesidades habituales: el héroe-cazador, de Gilgamesh a Hércules, dio el ejemplo con sus actos sobrehumanos de fuerza. Al imponerse a arduas tareas físicas cualquier hombre se

convertía un poco en héroe, sobrepasando sus propios límites naturales... aunque solo fuera para escapar al látigo del capataz.

La expansión de energías humanas, las ampliaciones del yo humano, acaso por vez primera separado de su envoltura comunal inmediata, la diferenciación de actividades comunes en vocaciones especializadas y la expresión de ese crecimiento y diferenciación en muchos puntos, dentro de la estructura de la ciudad, fueron otros tantos aspectos de una transformación única: el auge de la civilización. No podemos seguir esta transformación en el momento que se produjo, pues, como observa Teilhard de Chardin con respecto a otros cambios evolutivos, las formas que surgen, inestables y fluidas, no dejan huellas tras sí. Pero las cristalizaciones posteriores indican claramente la naturaleza de la evolución precedente.

Para interpretar lo que sucedió en la ciudad es necesario ocuparse por igual de la técnica, la política y la religión, sobre todo del aspecto religioso de la transformación. Si bien en el comienzo todos estos aspectos de la vida estaban inseparablemente mezclados, la religión tomó más tarde el primer puesto y reclamó primacía, posiblemente porque la fantasía inconsciente y las proyecciones subjetivas dominaban todos los aspectos de la realidad, permitiéndole que la naturaleza se hiciese visible tan solo en la medida en que se la podía bordar en el tejido del deseo y el sueño. Los monumentos y registros que nos han llegado muestran que esta magnificación general del poder fue acompañada por imágenes igualmente exorbitantes, procedentes del inconsciente y trasplantadas a las formas «eternas» del arte.

Como hemos visto, las etapas formativas de este proceso llevaron, tal vez, muchos miles de años; incluso los últimos pasos de la transición entre la población rural neolítica, que era poco más que una aldea crecida en exceso, y la ciudad en pleno desarrollo, el hogar de nuevas formas institucionales, debió de durar siglos y hasta milenios; tanto que muchas instituciones de las que tenemos nítida noticia histórica en otras partes del mundo —como el sacrificio

humano ritual— pudieron tener tiempo suficiente tanto para prosperar como para ser extirpadas en Egipto y en Mesopotamia.

El enorme lapso que se extiende entre las primeras fundaciones en el valle del Jordán, si sus dataciones más recientes son exactas, y las de las ciudades sumerias dio tiempo para muchos cambios profundos, aunque no quede constancia escrita de ellos. Pero la erupción final de invenciones que acompañó al nacimiento de la ciudad aconteció probablemente en el plazo de unos pocos siglos, o incluso, como sugiere Frankfort en lo tocante a la monarquía, de unas pocas generaciones. Con bastante seguridad puede afirmarse que tuvo lugar dentro de un periodo de años no mayor que el de los siete siglos transcurridos entre la invención del reloj mecánico y la liberación de la energía atómica.

Conforme a lo que enseñan los registros de que hoy disponemos, el cultivo de cereales, el arado, la rueda de alfarero, el barco de vela, el telar, la metalurgia del cobre, las matemáticas abstractas, la observación astronómica exacta, el calendario, la escritura y otros modos de discurso inteligible en forma permanente, surgieron casi al mismo tiempo hacia el año 3000 a. C., siglo más o menos. Los vestigios urbanos más antiguos que hoy se conocen, excepción hecha de Jericó, datan de este periodo. Esto constituyó una singular expansión tecnológica del poder humano, cuyo único paralelo es el cambio que ha tenido lugar en nuestra propia época. En ambos casos, hombres súbitamente exaltados se comportaron como dioses; pero con poco sentido de sus humanas limitaciones y debilidades latentes o de sus naturalezas neuróticas y criminales, que a menudo proyectaban libremente en sus divinidades.

Hay, empero, una diferencia sobresaliente entre la primera época urbana y la nuestra, que es una época de una infinidad de adelantos técnicos sin dirección social, sin relación alguna con otro fin que no sea el mismo progreso de la ciencia y la tecnología. Vivimos, de hecho, en un universo inmerso en un estallido de invenciones mecánicas y electrónicas, cuyas partes se alejan con rápido ritmo, cada vez más, de su centro humano y de todo propósito racional y

humanamente autónomo. Esta explosión tecnológica ha producido una explosión semejante de la propia ciudad: la ciudad ha estallado esparciendo sus complejos órganos y organizaciones por el paisaje entero. A decir verdad, no solo se ha forzado el receptáculo urbano amurallado; también, en muy buena medida, se lo ha desmantelado, y como consecuencia de ello somos testigos de una suerte de degradación del poder urbano que vuelve a un estado de casualidad e imprevisibilidad. En resumen, nuestra civilización está perdiendo el control, anonadada por sus mismos recursos y posibilidades así como por su sobreabundante fecundidad. Estados totalitarios que implacablemente tratan de imponer un control son tan víctimas de sus malos frenos como las economías aparentemente más libres que descienden por el borde de la pendiente y están a merced de sus vehículos sin frenos.

Exactamente lo opuesto sucedió en el caso de la primera gran expansión de la civilización: en vez de una explosión de energías, se produjo más bien una *implosión*. Los múltiples elementos diversos de la comunidad esparcidos hasta entonces a lo largo de un gran sistema de valles y a veces por regiones situadas mucho más allá, fueron movilizados y acumulados a presión tras los muros macizos de la ciudad. Hasta las gigantescas fuerzas de la naturaleza fueron sometidas a una dirección humana consciente: decenas de miles de hombres se ponían en acción como una sola máquina bajo un control central y construían acequias, canales, montículos urbanos, zigurats, templos, palacios y pirámides, en una escala hasta entonces inconcebible. Como resultado inmediato de la nueva mitología del poder, la misma máquina había quedado inventada, aunque durante largo tiempo fue aún invisible para los arqueólogos, porque la sustancia de que estaba hecha —los cuerpos humanos— había quedado desmantelada y descompuesta. La ciudad fue el receptáculo que determinó esta implosión y que, a través de su misma forma, mantuvo unidas las nuevas fuerzas, intensificó sus reacciones internas y elevó en conjunto el nivel de realizaciones.

Esta implosión ocurrió en el mismo momento en que la zona de intercambio se extendía considerablemente, a través de incursiones y trueques, de capturas y expropiaciones, de migraciones y esclavizaciones, de recolección de impuestos y una conscripción al por mayor de la mano de obra. Bajo la presión de una institución rectora, la monarquía, una multitud de diversas partículas sociales, largo tiempo separadas y centradas en sí mismas, cuando no mutuamente antagónicas, fue reunida en una zona urbana concentrada. Como ocurre con un gas, la misma presión de las moléculas dentro de ese espacio limitado produjo más colisiones e interacciones sociales en el lapso de una generación que las que se habrían producido en muchos siglos, si hubieran permanecido aisladas en el hábitat aborigen, sin límites. O, para decirlo con términos más orgánicos, las pequeñas células aldeanas comunales, indiferenciadas y simples, cada una de las cuales cumplía por igual cada función, se convirtieron en estructuras complejas organizadas de acuerdo con un principio axial, con tejidos diferenciados y órganos especializados, y con una parte, el sistema nervioso central, que pensaba por el conjunto y lo dirigía.

¿Qué hizo posible esta concentración y movilización de energía?
¿Qué le dio la forma especial que adoptó en la ciudad, con un núcleo religioso y político central, la ciudadela, que dominaba la estructura social entera y daba dirección centralizada a actividades que antes habían estado dispersas y sin dirección o, por lo menos, autogobernadas localmente? Lo que voy a sugerir ahora como desarrollo clave ya ha sido presagiado, en una etapa mucho más primitiva, por la evidente evolución del cazador protector hacia el jefe recolector de tributos; una figura que se observa reiteradamente, en evoluciones semejantes, en muchos ciclos posteriores de la civilización. Súbitamente, esta figura asumió proporciones sobrehumanas: todos sus poderes y prerrogativas aumentaron de una manera enorme, mientras que los de sus súbditos, quienes ya no poseían una voluntad propia ni podían

aspirar a vida alguna aparte de la de su señor, disminuían correlativamente.

Ahora bien, por mi parte casi no me atrevería a formular esta explicación si uno de los más brillantes arqueólogos modernos, el difunto Henri Frankfort, no hubiera proporcionado la mayor parte de los datos necesarios y atisbado inconscientemente, cuando no previsto, esta conclusión. Lo que quiero sugerir es que el factor más importante que intervino en el paso de una economía rural descentralizada a una economía urbana altamente organizada fue el rey o, mejor dicho, la institución de la realeza. La industrialización y la comercialización que en la actualidad asociamos con el crecimiento urbano fue, durante siglos, un fenómeno subordinado, que tal vez apareció incluso en época posterior: la propia palabra mercader no aparece en la escritura mesopotámica hasta el segundo milenio, «cuando sirve para designar al funcionario de un templo que goza del privilegio de comerciar con el exterior». Yendo más allá de Frankfort, sugiero que uno de los atributos del antiguo dios egipcio Ptah, como revela un documento procedente del tercer milenio antes de Cristo —*el que fundó ciudades*—, es la creación específica y poco menos que universal de los reyes. La misma dependencia de la ciudad y todas sus funciones del poder divino y el control unificado se encuentra afortunadamente registrada en un antiguo himno de Nippur, traducido por el doctor Samuel Noah Kramer. Sin el dios Enlil, nos dice el himno, «no sé construirían ciudades, no se fundarían poblaciones, no podría elevarse a ningún rey ni nacer ningún gran sacerdote [...]. Los trabajadores no tendrían fiscalizador ni capataz». En la implosión urbana, el rey está en el centro: es el imán que atrae al corazón de la ciudad y pone bajo control del palacio y el templo todas las nuevas fuerzas de la civilización. A veces el rey fundaba nuevas ciudades; a veces transformaba viejas poblaciones rurales que, desde mucho tiempo atrás, estaban edificándose, colocándolas bajo la autoridad de sus gobernadores; tanto en un caso como en el otro, su mandato introducía cambios decisivos en su forma y contenido.

2. LA PRIMERA IMPLOSIÓN URBANA

Esta gran transformación urbana tuvo lugar al margen de la historia escrita. En la creación final de la ciudad, la «pequeña ciudad», la ciudadela, descollaba por encima de la aldea y arrollaba los humildes usos de la aldea. La simple ampliación de una u otra de sus partes no podría haber convertido a la aldea en la nueva imagen urbana, pues la ciudad constituía un nuevo mundo simbólico, que no solo representaba a un pueblo sino a un cosmos entero y a sus dioses. A través de la ciudad, el hombre y la naturaleza coincidieron en una nueva unidad: a medida que los hombres se volvían más poderosos mediante la cooperación en el dominio de las fuerzas naturales, la propia naturaleza se tornaba más atenta, más sometida a la marca y el designio del hombre.

También en este caso lo que ocurrió es anterior al registro escrito; pero, si es válida la anterior interpretación de la relación del cazador-jefe con las comunidades próximas, ¿la ciudadela no fue acaso, en su origen, principalmente, un lugar defensivo de refugio para el aldeano amenazado por «nómadas invasores»? Una vez que la guerra pasó a ser una institución establecida, no cabe duda de que la fortaleza desempeñó cada vez más esta función. Pero el hecho de que las ciudadelas estén rodeadas por murallas, incluso cuando no lo están las ciudades, no da necesariamente a sus funciones militares primacía en el tiempo; pues la primera función de la muralla puede haber sido religiosa: la de definir los límites sagrados del *témenos* y mantener a raya a malos espíritus en vez de enemigos humanos.

En la medida que tenía una función casi militar, la ciudadela primitiva era, más bien, un lugar de depósito, donde el botín del jefe, consistente principalmente en grano y tal vez también en mujeres, estaría protegido de las depredaciones puramente locales; es decir, protegido de ataques lanzados por los aldeanos resentidos. El que controlaba el excedente agrícola anual ejercía poderes de vida y muerte sobre sus vecinos. Esa creación artificial de escasez en medio de una creciente abundancia natural fue uno de los primeros

triumfos característicos de la nueva economía de la explotación civilizada, una economía hondamente opuesta a las costumbres de la aldea.

Pero tan tosco sistema de control tenía limitaciones inherentes. El mero poder físico, aunque esté respaldado por el terrorismo sistemático, no produce un suave movimiento de circulación de los artículos de consumo hacia un punto de acumulación y menos aún una máxima dedicación comunal a la empresa productora. Tarde o temprano, todo Estado totalitario, desde la Roma imperial hasta la Unión Soviética, descubre este hecho. Para lograr la obediencia voluntaria, sin un innecesario desgaste por la constante vigilancia policial, el órgano rector debe crear una apariencia de beneficencia y ayuda, suficiente como para despertar cierto grado de afecto, confianza y lealtad.

Es muy posible que la religión desempeñara un papel fundamental en la realización de este cambio. Sin la ayuda de la casta sacerdotal ascendente, quizás el jefe cazador nunca habría alcanzado los poderes más amplios y la autoridad cósmica que acompañaron su elevación a la realeza y extendieron su esfera de control. Al respecto, el curso natural de desarrollo, en una dirección que permite una sencilla interpretación económica, fue acentuado por un desarrollo sobrenatural que modificó el contenido y el significado mismo del proceso entero. Tanto el poder sagrado como el poder temporal se inflaron al absorber las nuevas invenciones de la civilización; y la misma necesidad de un control inteligente en cada porción del medio ambiente confirió más autoridad a quienes se consagraban a la inteligencia o al control, al sacerdote o al monarca, a menudo unidos en un solo oficio.

Así, lo que la fuerza bruta no podía conseguir por sí sola, lo que la magia y el ritual tampoco podían lograr por sí solos, fueron de consuno capaces de llevarlo a cabo en el interior de la ciudad en desarrollo, mediante comprensión recíproca y acción conjunta en una escala que nunca antes habría podido concebirse. Los humildes cimientos de la aldea habían estado en la tierra; pero la ciudad

invirtió los valores de la aldea y trastrocó el universo del campesino, pues situó las bases en los cielos. Ahora todos los ojos se volvían hacia el firmamento. La fe en lo eterno y lo infinito, la omnisciencia y la omnipotencia consiguieron, en el transcurso de los milenios, exaltar las posibilidades mismas de la existencia humana. Los que hicieron la mayor parte de la ciudad no lamentaban las limitaciones animales de la existencia humana: trataban deliberadamente, mediante un acto de concentración de la voluntad, de superarlas.

En qué momento sucedió todo esto, nadie puede decirlo: no hay duda de que hubo muchas uniones parciales o efímeras entre la ciudadela y el santuario, antes de que se convirtieran en una sola cosa. Pero es significativo que, según Childe, «los santuarios ocuparan el puesto central en las aldeas protoalfabetas de Mesopotamia». En un momento dado, el santuario debió de trasladarse a la ciudadela, o bien sus límites sagrados debieron de trazarse alrededor de la ciudadela, convirtiéndola asimismo en un recinto sagrado e inviolable.

Ciertamente, cuando el pico del arqueólogo saca a luz una ciudad identificable como tal, se encuentra un recinto amurallado, una ciudadela, construida con materiales duraderos, aunque el resto de la población carezca de muro o de estructuras permanentes. Esto es válido desde Uruk hasta Harappa: en el interior del recinto el arqueólogo halla por lo regular tres grandes edificios de piedra o de ladrillo cocido, edificios cuya misma magnitud los distancia de las otras estructuras de la ciudad: el palacio, el granero y el templo. La misma ciudadela tiene muchos rasgos del recinto sagrado: es llamativo que la altura y el espesor exagerados de los muros en las ciudades más antiguas, que rivalizan incluso con la Khorsabad del siglo VIII a. C., no guarden proporción alguna con los medios militares que existían entonces para asaltarlas. Solo por sus dioses se esfuerzan los hombres de un modo tan extravagante. Pero lo que al principio estuvo destinado a asegurarse los favores del dios, acaso recompensó luego, en la práctica, como una protección militar

más eficaz. Probablemente, el propósito simbólico precedió a la función militar. A este respecto estoy de acuerdo con Mircea Eliade.

En la época en que esta alianza entre los órganos políticos, económicos y religiosos se gestaba, muchas distinciones ulteriores no estaban todavía en claro. Cabe suponer un considerable periodo antes de que la monarquía alcanzara sus dimensiones finales, infladas. En el comienzo, jefe, médico brujo, mago, profeta, astrónomo, anciano y sacerdote no eran funcionarios separados ni constituían castas diferentes: las funciones se superponían y la misma persona se encontraba cómoda en distintos papeles. Hasta en tiempos históricos relativamente recientes, los reyes han asumido de buena gana la dirección de iglesias nacionales, del mismo modo que los obispos cristianos y los papas han gobernado ciudades y comandado ejércitos. Pero en algún momento tuvo lugar una gran elevación del monarca y el sacerdote: aparentemente, con anterioridad al año 3000 a. C., cuando se produjo una expansión análoga de poderes humanos en muchos otros dominios. Con esto apareció la diferenciación profesional y la especialización en todos los ámbitos. La ciudad arcaica, en lo que tiene de diferente de la comunidad aldeana, es una sociedad regida por el sistema de castas, organizada para satisfacción de una minoría dominante: no se trata ya de una comunidad de familias humildes que viven mediante la ayuda mutua.

A esas alturas, el poder real reclamó y recibió una sanción sobrenatural: el rey se convirtió en un mediador entre el cielo y la tierra, encarnando en su propia persona la vida y el ser enteros de la tierra y de su gente. A veces el rey sería nombrado por la casta sacerdotal; pero, incluso si se trataba de un usurpador, necesitaba algún signo de favor celestial, a fin de gobernar con éxito, por derecho divino. La antigua lista de reyes de Sumer señala que la realeza «descendió de los cielos». A los cinco reyes nombrados por la deidad se les dieron cinco ciudades «en lugares puros», todos los cuales fueron designados centros de culto: Eridu, Badtbara, Larak, Sippar y Shuruppak.

¿Acaso no indica esto una fusión del poder secular y el sagrado, y no fue este proceso de fusión lo que, como en una reacción nuclear, produjo esa explosión de energía humana que es inexplicable de otro modo? Los datos de que disponemos parecen indicarlo. Cuando Kish fue derrotada en acción bélica, esta misma lista de reyes nos cuenta que la realeza fue trasladada al recinto sagrado de Uruk, donde el nuevo monarca, hijo del dios solar Utu, se convirtió en sumo sacerdote al igual que en rey. Por mi parte, sugiero que de esta unión salieron las fuerzas que unieron todas las partes incoadas de la ciudad y les otorgaron una forma nueva, mucho más visible y más asombrosa que todas las demás obras del hombre. Producido este engrandecimiento, los señores de la ciudadela ya no se limitaron a regir los destinos de la ciudad sino que concretamente impusieron el nuevo molde de la civilización, que reunía la máxima diferenciación social y profesional que fuera compatible con los cada vez más vastos procesos de unificación e integración. La realeza amplió las funciones del sacerdocio y le confirió a la casta sacerdotal un puesto directivo en la comunidad, que se hizo visible en los grandes templos, que solo los reyes podían tener recursos suficientes para edificar. Esta casta sacerdotal medía el tiempo, delimitaba el espacio y predecía los acontecimientos de cada estación. Quienes habían dominado el tiempo y el espacio podían controlar grandes masas de hombres.

De este modo, no solo surgió la casta de los sacerdotes sino una misma clase intelectual, integrada por escribas, médicos, magos y adivinos, así como por «los funcionarios de palacio que moran en la ciudad y han jurado por los dioses», según la cita de una carta que hace Georges Contenau. A cambio de su apoyo, los primeros reyes dieron a estos representantes del «poder espiritual» ocio, seguridad, posición social y viviendas colectivas de gran magnificencia. Al ayudar a convertir un mero santuario en un vasto templo, ellos también dotaron al templo de amplias bases económicas: el trabajo obligatorio de una comunidad entera. Acaso no sea accidental que las más antiguas tabletas encontradas en Erech sean informes

destinados a facilitar la organización del templo como taller y depósito.

¿Fue la construcción del templo, con todos los vastos recursos físicos que ahora dominaba la comunidad, ese acontecimiento crítico que reunió a los jefes sagrados y seculares? Sin duda, la aprobación de los sacerdotes y los dioses era tan necesaria para el ejercicio del poder del rey como su dominio de las armas, y hacía falta su implacable sojuzgamiento de grandes fuerzas para realzar las propias.

La erección de un gran templo, en sí mismo imponente tanto arquitectónica como simbólicamente, selló esta unión. Este vínculo era de tanta importancia para la realeza que, como ha señalado E. A. Speiser, los posteriores gobernantes de Mesopotamia se jactaban de haber reconstruido un templo en Asur, después de pasados muchos siglos. Asurbanipal llegó a recapturar la imagen de la diosa Nan, que había sido llevada de Uruk a Susa, al menos 1.635 años antes. ¿Acaso no sugiere esto que la reconstrucción y restauración del templo antiguo no fue un mero acto formalista de piedad sino un necesario establecimiento de continuidad legal y, a decir verdad, la revalidación del «pacto» original entre el santuario y el palacio? Pues este pacto hipotético, como hemos visto, transformó al jefe local en un emblema colosal de poder tanto sagrado como secular, en un proceso que liberó energías sociales latentes en la comunidad entera. La magnitud misma del nuevo templo, con sus decorados y adornos extravagantes, daría testimonio de los poderes tanto del dios como del rey.

3. ANGUSTIA, SACRIFICIO Y AGRESIÓN

El desarrollo histórico de la monarquía parece haber ido acompañado por un tránsito colectivo de los ritos de la fertilidad al culto más vasto del poder físico. Este desplazamiento nunca fue total, pues Osiris, Baco y Cibeles subsistieron y hasta reclamaron su antigua posición. Pero, en las puertas de la civilización, determinó

un cambio de perspectiva, acompañado por una paulatina pérdida de la comprensión de las necesidades de la vida y una crasa y excesiva valoración del papel de las proezas físicas y el control organizado como factores determinantes de la vida comunal; no solo en una crisis sino en la rutina diaria. Respaldada por la fuerza militar, la palabra del monarca era ley. El poder de mandar, de incautarse de los bienes, de matar, de destruir: todos estos eran, y han seguido siendo, «poderes soberanos». Así, una estructura psíquica paranoide fue conservada y transmitida por la ciudad amurallada: la expresión colectiva de una personalidad dotada de una coraza demasiado pesada.

A medida que los medios físicos aumentaban, esta mitología unilateral del poder, estéril y, a decir verdad, hostil a la vida, se abrió camino por todos los rincones del escenario urbano, hallando, en la «nueva» institución de la guerra organizada, su expresión más cabal.

Para entender la naturaleza de esta regresión, que dejó una huella inconfundible en la estructura de la ciudad, es necesario internarse más en los orígenes de la realeza. En este punto, tanto Hocart como Frankfort han reunido muchos datos esparcidos que tienen, en mi opinión, relación con la naturaleza de la ciudad. A la zaga de *sir* James Frazer, Hocart destaca que en todas partes del mundo se hallan pruebas de ritos totémicos, con fórmulas casi idénticas, destinados a asegurarse la abundancia de alimentos. Estos ritos indican la existencia de un culto de la fertilidad que puede ser aún más antiguo que la práctica de la agricultura. Por doquier, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, el nacimiento y la muerte de la vegetación eran asociados con el nacimiento y la muerte del dios del grano, el señor de las artes humanas del sembrado y la plantación. Con la realeza, las dos figuras, el dios y el rey, se tornaron prácticamente intercambiables, pues, al asumir poderes divinos, el gobernante mismo personificó las fuerzas penetrantes de la naturaleza al mismo tiempo que personificaba su

propia comunidad específica, y aceptó la responsabilidad en lo tocante a su existencia biológica y cultural.

Ahora bien, con el crecimiento de la población bajo la agricultura neolítica, la comunidad protourbana se tornó cada vez más dependiente de fuerzas naturales que quedaban fuera de su control: una inundación o una invasión de langostas podían causar abundantes sufrimientos o muertes en estos centros urbanos iniciales que eran demasiado grandes para que resultara posible evacuarlos fácilmente o proporcionarles alimentos desde lugares distantes. Cuanto más complejo e interdependiente sea el proceso de asociación urbana, mayor será el bienestar material pero, asimismo, mayor también la expectativa de bienestar material y menor la posibilidad de que la gente acepte su interrupción, por lo cual tanto más difundida resultará la angustia con respecto a su posible desaparición.

Para movilizar estas nuevas fuerzas y ponerlas bajo control, el rey se atribuía extraordinarios poderes sagrados; no solo encarnaba a la comunidad sino que, por sus mismas prerrogativas, tenía su destino entre sus manos. Esto trasladó el motivo para el estado de angustia colectiva. Miles de años después de la primera implosión urbana, el nombre del faraón egipcio no podía pronunciarse sin introducir la plegaria: «¡Vida! ¡Prosperidad! ¡Salud!». Conjuntamente con toda esta evolución se desarrolló, al parecer, una conciencia intensificada de las ventajas de la vida o, por lo menos, de las ventajas de prolongarla y evitar la muerte. El hombre urbano buscaba el modo de controlar acontecimientos naturales que sus precursores más primitivos solieron aceptar con muda resignación.

¿Pagó la realeza por este aumento exorbitante de poder mágico? Aquí y allá se encuentran pruebas, demasiado antiguas y demasiado difundidas como para que se las pase por alto completamente, de que los ritos de fertilidad destinados a asegurar el éxito de las cosechas se consumaban mediante sacrificios humanos. En épocas de crisis, a través de la escasez y la inanición, resultaría perentoria la necesidad de ganarse la voluntad de los

dioses. Es muy posible que la víctima original del sacrificio fuera el miembro más valioso de la comunidad, el propio dios-rey. Al infligir voluntariamente la muerte, la magia primitiva trataba de evitar la cólera divina y de retomar el control sobre las fuerzas de la vida.

Por desgracia, las culturas urbanas ya estaban demasiado desarrolladas cuando se inventó la escritura, de modo que no queda registro alguno de las primeras etapas de sacrificio humano de la realeza, si bien la matanza religiosa de niños, cautivos y animales se prolongó significativamente a través de la mayor parte de la historia antigua. Solo el babilonio Berosio (siglo III a. C.) ha dejado una relación de los festivales de Año Nuevo, donde indica que, durante largo tiempo, se mantuvo la costumbre de escoger un sustituto del rey, quien, de no ser así, habría sido sacrificado junto con el año agonizante para asegurar el nacimiento de la nueva vegetación en el año venidero.

Frazer destaca irónicamente que la costumbre de sacrificar al rey para asegurar la prosperidad de la comunidad disminuía algo el atractivo de ese noble oficio. En cuanto la destreza y la inteligencia del jefe para la organización se hicieron tan importantes como sus funciones mágicas, despuntó un método más racional: la selección de un «suplente», quien, en primer término, sería identificado con el rey, pues se le trataría con todos los honores y privilegios de la realeza, con el objeto final de ser muerto en su lugar en el altar.

Si tales costumbres prevalecieron alguna vez en Egipto y en Mesopotamia, existieron en una época demasiado distante para que hayan dejado huellas directas. Se debe admitir que esto constituye un considerable hiato: pues solo en puntos aislados puede vincularse directamente la guerra con el sacrificio humano ritual. Con todo, esos mismos puntos resultan significativos, pues en las pruebas inconfundibles que extraemos de los aztecas también tenemos el testimonio de una comunidad que se hallaba aproximadamente en el mismo nivel general de desarrollo que encontramos en los más arcaicos centros urbanos. Entre los aztecas, la necesidad de víctimas rituales —que llegaban a las

veinte mil en un solo año— era la causa principal de las feroces guerras que iniciaba este pueblo.

Como ocurre en el caso de muchas otras instituciones, tanto la guerra como los sacrificios humanos tuvieron, quizá, más de un punto de origen; y tal vez solo en un número limitado de lugares fue causal la relación entre ellos. Es posible que las invasiones para hacer cautivos que habrían de destinarse a la esclavitud fuera, en lugar del sacrificio, una causa independiente de guerras. Las incursiones sumerias por las montañas, en pos de madera y mineral, probablemente dejaban también su saldo de cautivos útiles: es sugerente que el signo sumerio correspondiente a esclavo sea «mujer de la montaña». En un principio, estas incursiones y partidas eran demasiado unilaterales para llamarlas guerra o comercio, puesto que para la lucha hacen falta contrincantes, y hasta que los montañeses aumentaron en número y perfeccionaron sus armas no fueron rivales para los «ejércitos» egipcios ni para los mesopotámicos. Pero, al final, las represalias y las hostilidades bilaterales, amargas y despiadadas, se hicieron poco menos que inevitables; y el dominio de la guerra se extendió sin interrupción. Durante el siglo XIX, los traficantes árabes de esclavos que hacían incursiones en el corazón de África dieron lugar a un ciclo similar de violencia.

Si la ciudad no hubiera servido como centro local para la agresión organizada, no habría sido necesario que la búsqueda de víctimas para los sacrificios fuera más allá de los límites relativamente inocentes que aún eran visibles hasta el siglo XIX en muchas comunidades tribales primitivas, esto es, como un esfuerzo tortuoso pero selectivo para obtener de otra comunidad unos cuantos cautivos simbólicos. Esta costumbre fue interpretada erróneamente por los misioneros e incluso por los antropólogos; y los historiadores de la ciudad, como Henri Pirenne, dieron por sentado que «la guerra es tan antigua como la humanidad», sin preocuparse nunca por examinar cuidadosamente los datos concretos o por indagar el fundamento de sus propias y gratuitas

convicciones. Pero el objeto de los primitivos intercambios de golpes entre hombres armados no era la matanza de una multitud de personas o el saqueo y la devastación de su aldea, sino, por el contrario, la selección de unos pocos cautivos vivos destinados al sacrificio ritual y a su eventual ingestión en un festín caníbal, que, en sí mismo, constituía un rito mágico-religioso.

Una vez que se constituyó la ciudad, con su incremento colectivo de poder en todas las esferas, toda esta situación experimentó un cambio. En vez de las incursiones en busca de víctimas aisladas se impusieron el exterminio y la destrucción en masa. Lo que antes había sido un sacrificio mágico destinado a asegurar fertilidad y cosechas abundantes, un acto irracional que tenía por finalidad promover un objetivo racional, se convirtió en la ostentación de poder de una comunidad, bajo las órdenes de su dios iracundo y su rey-sacerdote, a fin de controlar, someter o exterminar por completo otra comunidad. En gran parte estas agresiones no eran provocadas, y el agresor no las justificaba moralmente; si bien ya en la época en que los registros históricos se hacen claros la guerra adquiriría cierto matiz económico, a causa de las tensiones políticas provocadas por controversia de límites o derechos sobre las aguas. Pero tanto en los tiempos más remotos como en nuestros propios días, las consiguientes pérdidas humanas y económicas serían absolutamente desproporcionadas en relación con las ganancias tangibles por las que se combatía. La institución urbana de la guerra tenía, así, sus raíces en la magia de una sociedad primitiva: un sueño pueril que, con el ulterior desarrollo del poder mecánico, se convirtió en pesadilla de adultos. Este trauma de la infancia ha subsistido y torcido el desarrollo de todas las sociedades venideras, sin excluir por cierto a la nuestra.

Si hiciera falta algo para hacer plausibles los orígenes mágicos de la guerra, estaría el hecho de que esta, hasta cuando se la disfraza con motivaciones económicas aparentemente solidísimas, infaliblemente se convierte en una acción religiosa; nada menos que en un sacrificio ritual en masa. Como agente central en este

sacrificio, el rey, desde los comienzos mismos, tuvo que desempeñar un oficio. Acumular poder, conservarlo y expresarlo mediante actos deliberados de destrucción criminal: he aquí lo que llegó a constituir la obsesión constante de la realeza. Al hacer ostentación de semejante poder, el monarca no podía proceder mal. En virtud del mismo acto guerrero, el rey victorioso demostraba las máximas posibilidades del control real e invocaba el apoyo divino para el futuro, mediante la siembra masiva de muerte. Como nos recuerda Isaías, tal es la carga de Egipto, de Babilonia y de Tiro.

Así, en virtud de un curioso acto de inversión, una ceremonia que comenzó con la invocación de una vida más abundante llegó a convertirse en su extremo opuesto: instigó el control militar centralizado, el latrocinio sistemático y el parasitismo económico, instituciones todas que han actuado contra los aspectos generadores de vida en la civilización urbana y que, finalmente, han llevado a la ruina a una ciudad tras otra. Esto constituyó una ambivalencia final, una última contradicción: pues las muchas ganancias obtenidas mediante las asociaciones más amplias y las colaboraciones laboriosas de la ciudad se vieron debidamente contrapesadas por esa actividad económica negativa que es la guerra. Este desorden cíclico estaba incrustado en la constitución misma de la ciudad antigua.

Pero ha de concederse lo siguiente: no bien la guerra pasó a ser una de las razones de la existencia de la ciudad, la riqueza y el poder mismos de esta última la convirtieron en un blanco natural. La presencia de prósperas urbes le dio a la agresión colectiva un objeto visible que antes nunca se ofreció a la vista: la misma ciudad, con su acumulación cada vez mayor de herramientas y equipo mecánico, sus montones de oro, plata y joyas, atesorados en los palacios y los templos, sus graneros y almacenes repletos y, tal vez, también, su excedente de mujeres. Si la guerra se había originado en partidas de incursores enviados por la ciudad, la existencia de una nueva casta profesional, los guerreros armados, puede haber apartado cada vez más esas incursiones de las fuentes de materias

primas, orientándolas hacia los lugares donde se encontraban almacenados en mayores cantidades los productos terminados. Las ciudades que en un comienzo exigían tributos de las poblaciones más primitivas aprendieron ahora a saquearse mutuamente.

En el ínterin, en cuanto la guerra quedó establecida e institucionalizada del todo, se extendería naturalmente más allá de sus centros urbanos originales. Los pueblos primitivos, otrora de disposición pacífica o, a lo sumo, conformes con expresar su ansiedad y agresividad mediante sacrificios humanos aislados, imitarían las nuevas técnicas y harían uso con más audacia de las nuevas armas: tanto más cuanto que la invasión, el pillaje y la esclavización realizadas por expediciones urbanas movían al grupo más primitivo a vengarse. Al igual que la monarquía y que la ciudad misma, la guerra adquirió difusión universal y fue practicada por pueblos que «no sabían de realeza», como los invasores de Acad, un siglo después de Sargón. Bajo la égida de la ciudad, la violencia pasó a ser cosa normal y se difundió mucho más allá de los centros donde se habían instituido inicialmente las grandes cacerías de hombres y las orgías rituales. En el curso de la mayor parte de la historia, la esclavitud, el trabajo forzado y la destrucción han acompañado —y castigado— el crecimiento de la civilización urbana.

Por mucho que siempre faltara una prueba más o menos satisfactoria del primitivo vínculo entre la monarquía, el sacrificio, la guerra y el desarrollo urbano, he conseguido unir un número suficiente de fragmentos consistentes como para arrojar serias dudas sobre las hipótesis de una beligerancia heredada biológicamente o de un «pecado original» como causa suficiente para generar la compleja institución histórica de la guerra. Pero aquí, más que en ninguna otra parte, la teoría de la selección natural ha funcionado con exactitud clásica, pues, en el curso de cinco o seis mil años, muchos de los linajes más suaves, gentiles y dispuestos a la colaboración han sido exterminados, o por lo menos tendieron a renunciar a la procreación, en tanto que los tipos más

agresivos y belicosos sobrevivían y prosperaban en los centros de civilización. Los éxitos periféricos de la cultura urbana reforzaron su fracaso central, es decir, su adhesión a la guerra como elixir del poder soberano y como remedio más eficaz contra el descontento popular ante ese poder.

Los historiadores, con excesiva soltura, han atribuido la guerra al pasado salvaje del hombre y la han concebido como incursión de supuestos nómadas primitivos, «los que nada tienen» contra centros normalmente «pacíficos» de industria y comercio. Nada más distante de la verdad histórica. La guerra y la dominación, en vez de la paz y la cooperación, se inscribían en la estructura original de la ciudad antigua. No cabe duda de que la sobreabundancia urbana tentaría a las poblaciones más pobres, ya que cada ciudad debió de parecer una presa fácil a los rápidos invasores que irrumpían de las mesetas o las estepas; pero los mismos medios que les permitieron moverse velozmente, con caballos y embarcaciones, solo aparecieron después de la fundación de la ciudad. Las instalaciones de tipo urbano más primitivas de Sumer están tan próximas unas de otras que también ellas pueden fácilmente ser fechadas antes de la guerra organizada. En tiempos posteriores, los nómadas podrían apoderarse efectivamente, como en el caso de los reyes pastores hicsos, de un país entero. Pero una vez institucionalizada la guerra, el principal enemigo de la ciudad fue otra ciudad, con otro dios que aspirase a iguales poderes.

No debemos olvidar que con la expansión general del poder también aumentó la capacidad para dar muerte, y la ostentación de poderío militar pasó a ser uno de los atributos más importantes de la realeza. Con sus murallas reforzadas, sus fortalezas y fosos, la ciudad se erguía como una muestra descollante de capacidad de agresión, siempre amenazante, que alcanzaba concentraciones letales de odio vengador y de no cooperación en las proclamas de los reyes. Tanto como sus equivalentes mesopotámicos, los monarcas egipcios se jactaban en sus monumentos y tablillas de sus proezas personales al mutilar, torturar y matar con sus propias

manos a sus principales cautivos. Hacían en persona lo que otros paranoicos más enfermos, como Hitler, llevaban a cabo a través de sus agentes. Bajo esta guía, la divinidad urbana local oponía sus potencias mágicas a toda divinidad extranjera amenazadora: el templo se convirtió por igual en el punto de partida y el objetivo de la acción agresiva. Así, incitados por exorbitantes fantasías religiosas, masas cada vez mayores, armadas cada vez con más eficacia para el asedio y el asalto, se vieron arrastradas a los rituales insensatos de la guerra.

En esta evolución, la ciudad actuó con una nueva capacidad: con el dominio del rey sobre toda su mano de obra, la ciudad se convirtió, por así decirlo, en un ejército movilizad permanentemente que se tenía en la reserva. Esta fuerza de masas congregadas le dio a la ciudad, por sí sola, una superioridad sobre las aldeas de escasa población y muy alejadas entre sí, y actuó como incentivo que fomentó tanto el desarrollo de la superficie interna como el número de pobladores. Para hacer frente a este desafío, es posible que las aldeas aborígenes se reunieran a menudo en unidades urbanas mayores, del mismo modo que, posteriormente, los focenses congregaron sus poblaciones en una sola ciudad, Megalópolis, con objeto de resistir la amenaza de conquista por parte de los lacedemonios.

Al concentrarse la atención en la guerra como el supremo «deporte de los reyes», una porción cada vez mayor de los nuevos recursos de la ciudad para la producción industrial se invirtió en la manufactura de nuevas armas, como el carro de guerra, propio de la Edad de Bronce, y el ariete. La misma existencia de una reserva de fuerza militar, constituida por hombres que ya no eran necesarios para la agricultura, fomentó las fantasías de violencia absoluta entre las clases dominantes, fantasías como las que hemos visto brotar una vez más en nuestra propia época, incluso entre espíritus teóricamente racionales, formados en las ciencias exactas. Cada ciudad se tornó un depósito de fuerza insolente e indiferente ante

esos medios humanitarios de conciliación e intercambio que la misma ciudad, con otro ángulo, antes había promovido.

Así, tanto la forma física como la vida institucional de la ciudad fueron plasmadas en no poca medida, desde el comienzo mismo de la implosión urbana, por los propósitos irracionales y mágicos de la guerra. De esta fuente surgió el complejo sistema de fortificaciones, con murallas, almenas, torres, canales y zanjas que siguió caracterizando las principales ciudades históricas, aparte de ciertos casos especiales —que aparecieron, por ejemplo, durante la *Pax Romana*—, hasta el siglo XVIII. A su vez, la estructura física de la ciudad perpetuó el espíritu, el aislamiento y la autoafirmación que favorecieron el desarrollo de la nueva institución.

Pero, más aún, la guerra prohió normas de regimentación, militarización y aceptación forzosa. La guerra puso una concentración de liderazgo social y poder político en las manos de una minoría que esgrimía las armas, con la complicidad de una casta sacerdotal que ejercía poderes sagrados y poseía un conocimiento científico y mágico, secreto pero valioso. Que la sociedad civilizada no haya superado todavía la guerra, como ha superado en cambio otras manifestaciones menos respetables aún de magia primitiva, como el sacrificio de niños y el canibalismo, en parte se debe a que la propia ciudad, por su estructura y sus instituciones, ha seguido dando a la guerra tanto una forma concreta duradera como un pretexto mágico para su existencia. Por debajo de todos los perfeccionamientos técnicos de la guerra se encuentra una fe irracional, todavía profundamente arraigada en el inconsciente colectivo: que solo puede salvarse la comunidad mediante el sacrificio humano a gran escala.

Si la guerra no tiene una base suficiente en alguna feroz pugnacidad ancestral, debemos buscar sus orígenes en una dirección completamente diferente. Para dar con un paralelo de la guerra debemos mirar hacia el reino animal, a saber, hacia las perversiones y fijaciones de un tipo de sociedad mucho más rudimentaria, como la termitera y el hormiguero. Está claro que en el

reino animal se encuentran por igual combatividad y ataque con la intención de matar, pero la primera es casi exclusivamente sexual, se da entre machos viejos y jóvenes, y el segundo es totalmente un problema que atañe a una especie que oprime a otra o mata a sus miembros para obtener alimento. Aparte de las comunidades humanas, la guerra solo existe entre los insectos sociales, los cuales se adelantaron al hombre urbano en la realización de una comunidad compleja formada por partes sumamente especializadas.

En la medida que pueden mostrarlo las observaciones exteriores, no se encuentra ni religión ni sacrificio ritual en estas comunidades de insectos. Pero todas las demás instituciones que acompañaron el surgimiento de la ciudad están presentes: la división estricta del trabajo, la creación de una casta militar especializada, la técnica de la destrucción colectiva, acompañada por la mutilación y el asesinato, la institución de la esclavitud e incluso, en ciertas especies, la domesticación de plantas y animales. Lo que es más significativo de todo, las comunidades de insectos que exhiben estas características alardean de la institución que he considerado axial en todo este desarrollo: la institución de la realeza. La monarquía, que en el caso de los insectos está reservada a algunas hembras, está incorporada como hecho biológico supremo en estas sociedades animales; de modo que lo que solo constituye una creencia mágica en las ciudades arcaicas, esto es, que la vida de toda comunidad depende de la vida del monarca, es una condición objetiva en la Insectópolis. De la salud, la seguridad y la capacidad reproductiva de la reina depende, efectivamente, la existencia de la colmena. Aquí, y solo aquí, se encuentra una agresión colectiva organizada por parte de una fuerza militar especializada como la que se halla en las ciudades antiguas.

Al seguir estas pistas hasta la aparición de la ciudad, creo que hemos dejado al descubierto los acontecimientos más penosos de la historia urbana, cuya vergüenza aún nos acompaña. Por muchas funciones valiosas que haya afianzado la ciudad, es evidente que

también ha servido, a lo largo de la mayor parte de su historia, como receptáculo de la violencia organizada y transmisora de la guerra. Las pocas culturas que durante algún tiempo evitaron esto fueron aquellas que mantuvieron su base aldeana y cedieron sin violencia a un mando central aparentemente benigno.

La cosa puede llevarse aún más lejos. La ciudad amurallada no solo dio una estructura colectiva permanente a las pretensiones e ilusiones paranoides de la realeza, acrecentando las sospechas, la hostilidad, la falta de cooperación, sino que la división del trabajo y las castas, llevadas al extremo, hizo de la esquizofrenia un fenómeno normal; en tanto que el monótono trabajo obligatorio, impuesto a una gran parte de la población urbana sometida a la esclavitud, reprodujo la estructura de la neurosis compulsiva. Así, la ciudad antigua, por su misma constitución, tendió a transmitir una estructura de personalidad colectiva cuyas manifestaciones más extremas se consideran hoy patológicas en los individuos. Dicha estructura es aún visible en nuestros propios días, por más que las murallas exteriores hayan sido remplazadas por telones de acero.

4. LA LEY Y EL ORDEN URBANOS

De modo que, desde sus comienzos, la ciudad exhibió un carácter ambivalente que no ha perdido nunca del todo: reunió la cantidad máxima de protección con los mayores incentivos para la agresión; brindó la libertad y la diversidad más amplias que fueran posibles, pero impuso un sistema drástico de compulsión y regimentación que, junto con su agresividad y destrucción bélicas, se han convertido en una «segunda naturaleza» del hombre civilizado, la cual a menudo se identifica erróneamente con sus tendencias biológicas originales. Así, la ciudad tenía tanto un aspecto despótico como un aspecto divino. En parte era un *Zwingburg*, un centro de control real; y en parte era una réplica del cielo, un transformador de poder cósmico remoto en instituciones de acción inmediata. Su centro de gravedad se desplazó del castillo al templo, de la

ciudadela al mercado y al vecindario, y luego hizo el camino de vuelta. Ya mucho antes del bíblico Noé, «la tierra estaba llena de violencias». No obstante, que surgieran en cierto grado la ley y el orden es testimonio de la capacidad socializadora de la ciudad.

A fin de comprender los procesos y las funciones de la ciudad, y sobre todo sus propósitos, en términos más concretos, hay que atravesar el brumoso territorio del periodo prealfabeto, cuando estaba modelándose la nueva institución de la monarquía. Quizá el modo más eficaz de demostrar el papel del rey como constructor de la ciudad consista en remontarse desde los datos históricos posteriores hasta un periodo en que solo un puñado de artefactos y huesos en las tumbas reales proporcionan material para la deducción y la especulación.

La relación que hace Heródoto de cómo Deyoces llegó al poder absoluto sobre los medos se refiere a un periodo muy tardío, en gran parte exento del diluvio de ideas mágicas y religiosas que anegaron la última parte de la Edad de Piedra y los comienzos de la Edad de Bronce; de modo que proporciona una relación muy racionalizada sobre el tránsito de la cultura rural a la cultura urbana. Según nos cuenta el antiguo historiador griego, los medos estaban entonces distribuidos en aldeas. Y, en este caso, a tal punto predominaban el desorden y la violencia que Deyoces alcanzó una gran nombradía entre ellos, como consejero, al ejercer justicia con mano firme y sin miedo. Esta celebridad hizo que se presentaran ante él en pos de justicia los habitantes de otras aldeas cuando estaban en pleito; y la necesidad de sus oficios resultó tan constante que decidieron constituirlo en su gobernante supremo.

El primer acto de Deyoces consistió en edificar un palacio apropiado para un rey y pedir «que velaran por su seguridad con un cuerpo de lanceros». Es justificado suponer que, en otros tiempos, los guardias mismos precedieron o acompañaron la construcción de la ciudadela y el palacio, y que el propio palacio existía como sede visible del poder y custodia de los tributos, antes de que la fundación judicial fuera ejercida por el rey. «Y así que ejerció el poder»,

Deyoces «obligó [a los medos] a levantarse una sola ciudad, a la cual dedicarían mucha atención, preocupándose menos de lo demás». Quiero hacer hincapié en la última frase: el deliberado establecimiento de un monopolio económico y político ha sido uno de los requisitos previos para el rápido crecimiento de la ciudad. Y como los medos obedecieron a Deyoces en esto, asimismo «manda edificar unas murallas grandes y poderosas, [...] dispuestas en círculos concéntricos. [...] Deyoces, desde luego, hizo erigir estas murallas alrededor de su residencia en vistas a su propia seguridad, y por lo demás ordenó al resto del pueblo residir extramuros». Tal vez la mejor definición de los habitantes de una ciudad arcaica consista en decir que se trataba de una población agrícola permanentemente cautiva.

Obsérvese que al disminuir la distancia física concentrando población en la ciudad, Deyoces se preocupó de aumentar la distancia psicológica aislándose y convirtiendo en una formidable empresa el llegar hasta su persona. Esta combinación de concentración y mezcla, de aislamiento y diferenciación, es uno de los rasgos característicos de la nueva cultura urbana. En el aspecto positivo tuvieron lugar la cohabitación amistosa, la comunión espiritual, la amplia comunicación y un complejo sistema de cooperación profesional. Pero, en su aspecto negativo, la ciudadela introdujo la segregación de clases, la carencia de sentimiento y la apatía, el secretismo, el control autoritario y la violencia definitiva.

La relación de Heródoto condensa en una sola vida cambios que, posiblemente, tuvieron lugar en una multitud de lugares diferentes, bajo variadas condiciones y en el curso de miles de años; pues hasta la ascensión del jefe a un liderazgo puramente local, basado en el dominio de las armas, fue, acaso, un lento proceso. Frankfort ha observado que no hay sepulturas predinásticas en Egipto que indiquen, a diferencia de lo que ocurre en el caso de tumbas más recientes, el predominio de una sola figura o una sola familia. Pero el cambio crítico que dio lugar a la aparición de la realeza y la ciudad, la primera como encarnación y la segunda como

concreción de la «civilización», se produjo, tal vez, dentro de un breve periodo; parte de la liberación general de energía e implosión de poder que se dio algún tiempo después de la mitad del cuarto milenio antes de Cristo.

No menos importante para la ciudadela que su cercamiento fue su centralismo; uno y otro eran atributos del santuario, antes de pasar a la comunidad urbana más grande. Una vez efectuada la transformación urbana, la ciudad como conjunto se transformó en recinto sagrado bajo la protección de su dios; el mismo eje del universo, como ha puesto en claro Mircea Eliade, pasaba a través del templo; en tanto que la muralla, bajo la presión de la nueva institución de la guerra, era, al mismo tiempo, una barrera para la defensa y un límite espiritual de significado aún mayor, ya que protegía a los que estaban adentro del caos y el mal informe que los rodeaba. La «interioridad» necesaria para el posterior desarrollo humano halló en la ciudad —sobre todo en el recinto sagrado— la forma colectiva que contribuiría a generarlo.

Tras los muros de la ciudad, la vida descansaba sobre un fundamento común, tan profundo como el universo mismo: la ciudad era nada menos que el hogar de un poderoso dios. Los símbolos arquitectónicos y escultóricos que hicieron visible este hecho elevaron la ciudad muy por encima de la aldea o la población rural. Sin los poderes sagrados que estaban contenidos dentro del palacio y del recinto del templo, la ciudad antigua habría carecido de propósito y de significado. Una vez establecidos estos poderes por el rey, que amplió el margen de comunicación y unificó la conducta a través de la ley, la vida prosperó allí como no podía tener esperanzas de prosperar en ninguna otra parte. Lo que comenzó como control terminaba como comunión y entendimiento racional.

Cosa bastante significativa: el texto egipcio que nos aproxima al periodo arcaico de fundación de la ciudad, al describir los poderes de Ptah, la divinidad predominante, señala no solo que «fundó nomos» sino también que «*puso a los dioses en sus altares*». Los escribas que aún estaban relativamente cerca de estos actos vieron

ambas funciones correctamente, en mi opinión, como partes fundamentales del ejercicio de esos mayores poderes que trajo consigo la civilización.

Sin las potencias religiosas de la ciudad, el muro solo no podría haber conseguido moldear el carácter al mismo tiempo que controlar las actividades de los habitantes de la ciudad. De no ser por la religión, y todos los ritos sociales y ventajas económicas que la acompañaban, el muro habría convertido a la ciudad en una prisión, cuyos reclusos solo hubieran tenido un deseo: destruir a sus guardianes y evadirse. Esto hace notoria otra ambivalencia urbana. En una cultura sin ciudades, como la de los espartanos, que vivían en aldeas abiertas y se negaban a refugiarse tras las murallas, las clases dominantes tuvieron que mantenerse ferozmente alertas y amenazadoras, siempre en armas, por temor a ser derrocadas por los ilotas esclavizados. En tanto que tales gobernantes tenían que respaldar su poder desnudo mediante un terrorismo abierto, en las ciudades con murallas estas mismas equivalían a un ejército entero como control sobre los revoltosos, para mantener vigilados a los rivales y para impedir que los desesperados se escaparan. Las ciudades arcaicas desarrollaron así algo semejante a la concentración del mando que se da en una nave: todos sus habitantes «estaban en el mismo barco», y aprendían a confiar en el capitán y a ejecutar sus órdenes rápidamente.

No obstante, desde el comienzo, la ley y el orden sirvieron como complemento de la fuerza bruta. La ciudad, que adquiría su forma en torno de la ciudadela real, era una réplica del universo hecho por la mano del hombre. Esto abría una atrayente perspectiva: a decir verdad, un atisbo del mismo cielo. Ser residente de la ciudad era tener un lugar en el verdadero hogar del hombre, el gran cosmos mismo, y esta opción era testimonio de la ampliación general de poderes y potencialidades que tenía lugar en todas las direcciones. Al mismo tiempo, el hecho de vivir en la ciudad, a la vista de los dioses y de su rey, era cumplir la máxima potencialidad de la vida. La identificación espiritual y la participación por persona interpuesta

hacía fácil someterse a los mandatos divinos que regían a la comunidad, por inescrutables y arduos de interpretar o de someterse interiormente que fueran.

Aunque el poder en todas sus manifestaciones, cósmicas y humanas, era el puntal de la nueva ciudad, cada vez se modelaba y orientaba más, mediante nuevas instituciones de la ley, el orden y la urbanidad. Esto también queda bien en claro a través de la historia de Deyoces, que pasa por alto los anteriores orígenes religiosos del rey y la ciudad. En un momento dado, el poder y el control se ennoblecieron en la justicia. Con la congregación de personas de una multitud de lenguas y costumbres diferentes en el nuevo centro, el lento proceso de reconciliación y acomodación fue apresurado por la intervención real: la obediencia a un severo mandato exterior era, sin duda; preferible a una pugnaz disconformidad y a la discusión interminable. Hasta los hábitos benéficos tienden a llevar consigo residuos accidentales e irracionales que se tornan tan sagrados como los propósitos humanos más centrales que representa la costumbre. Esta era la debilidad de la aldea. La ley escrita, como el lenguaje escrito, tendió a excluir estos residuos y produjo un canon de equidad y justicia que invocaba un principio más alto: la voluntad del rey, que era otro nombre del mandato divino. La esencia de la ley, como el sabio Wilhelm Ostwald expresó hace medio siglo, es la «conducta previsible» que se hace posible en la sociedad mediante reglas uniformes, criterios de juicio uniformes y penas uniformes para la desobediencia. Estas uniformidades más vastas aparecieron con la ciudad, superando un millar de insensatas diferencias locales.

El desarrollo de la autoconciencia en la ciudad, a través del choque de costumbres aldeanas y diferencias regionales, produjo los comienzos de la moralidad reflexiva; pues el propio gobernante egipcio tenía, ya en fecha muy temprana, que responder de su conducta ante los dioses y demostrar que había evitado el mal y favorecido el bien. A medida que la misma sociedad se fue secularizando debido a la creciente presión del comercio y la industria, el papel desempeñado por la ciudad, como sede de la ley

y la justicia, de la razón y la equidad, complementó el que desempeñaba como representación religiosa del cosmos. Para apelar a la costumbre irracional o la violencia ilegal, es necesario buscar la protección del tribunal de la ley en la ciudad.

Al poner el poder hasta cierto punto al servicio de la justicia, la ciudad, apartándose del tedioso reinado arcaico de la aldea, introdujo orden con más celeridad en sus asuntos internos; pero dejó una berra baldía sin ley, sin protección, en la zona situada entre ciudades, en la que ningún dios local podía ejercer el poder o establecer una jurisdicción moral sin chocar contra otro dios. Y a medida que las frustraciones internas aumentaban, las agresiones externas tendieron a multiplicarse: el ánimo adverso al opresor local sería provechosamente vuelto contra el enemigo exterior.

5. DE LA PROTECCIÓN A LA DESTRUCCIÓN

Siendo en parte una expresión de angustia y agresión intensificadas, la ciudad amurallada reemplazó la rica imagen más antigua de paz y tranquilidad rural. Los primitivos bardos sumerios volvían la memoria hacia una edad de oro preurbana, cuando «no había serpiente ni escorpión, ni hiena ni león, ni perro salvaje ni lobo»; cuando «no había miedo ni terror, y el hombre no tenía rival». Por supuesto, esa época mítica no existió jamás y, sin duda, los mismos sumerios tenían oscuramente conciencia de este hecho. Pero los animales ponzoñosos y peligrosos cuya presencia suscitaba sus temores habían adquirido, con el desarrollo del sacrificio humano y la guerra sin freno, una nueva forma: simbolizaban las realidades del antagonismo y la enemistad entre los hombres. En el acto de extender todos sus poderes, el hombre civilizado les dio a estas criaturas salvajes un lugar en su propia configuración.

El hombre primitivo, inerme, expuesto y desnudo, tuvo la suficiente astucia para dominar a todos sus rivales naturales. Pero ahora, por fin, había creado un ser cuya presencia provocaría una y

otra vez el terror en su alma: el enemigo humano, su otro yo y contrapartida, poseído por otro dios, congregado en otra ciudad, capaz de atacarlo como Ur fue atacada, sin provocación.

La misma implosión que había magnificado los poderes del dios, el rey y la ciudad, y mantenido las complejas fuerzas de la comunidad en un estado de tensión, ahondó también las ansiedades colectivas y extendió los poderes de destrucción. ¿Acaso los mayores poderes colectivos del hombre civilizado no se presentaban en sí mismos como una especie de afrenta a los dioses, a quienes solo se apaciguaría mediante la destrucción implacable de las exigencias y las baladronadas de los dioses rivales? ¿Quién era el enemigo? Todo aquel que rendía culto a otro dios; que rivalizaba con el poder del rey u ofrecía resistencia a su voluntad. Así, la simbiosis cada vez más compleja que tenía lugar en el seno de la ciudad y en su vecino dominio agrícola fue contrapesada por una relación destructiva y predatoria con todos los posibles rivales; a decir verdad, a medida que las actividades de la ciudad se hacían más racionales y benignas en su interior, se tornaban, casi en el mismo grado, más irracionales y malignas en sus relaciones exteriores. Esto es válido hasta el mismo día de hoy para los conglomerados más extensos que han sucedido a la ciudad.

El propio poder real medía su fuerza y el favor divino por sus capacidades no solo para la creación sino más bien para el pillaje, la destrucción y el exterminio. «En realidad» —declararía Platón en las *Leyes*— «cada ciudad se encuentra en un estado natural de guerra con todas las demás». Esto era un simple hecho de observación. Así, las perversiones originales del poder que acompañaron los grandes avances técnicos y culturales de la civilización, han minado y con frecuencia anulado los mayores logros de la ciudad hasta nuestros propios días. ¿Es un azar que las más remotas imágenes subsistentes de la ciudad, las que aparecen en las paletas egipcias predinásticas, representen su destrucción?

En el acto mismo de transformar laxos grupos de aldeas en comunidades urbanas poderosas, capaces de mantener un comercio más vasto y de construir estructuras mayores, cada parte de la vida se convirtió en una lucha, una agonía, un choque de gladiadores en que se combatía contra una muerte física o simbólica. En tanto que la sagrada cópula del rey y la sacerdotisa de Babilonia en la cámara divina que coronaba el zigurat recordaba un anterior culto de la fertilidad, consagrado a la vida, los nuevos mitos eran principalmente expresiones de implacable oposición, de lucha, de agresión, de poder ilimitado: los poderes de las tinieblas contra los poderes de la luz, Set contra su enemigo Osiris, Marduk contra Tiamat. Entre los aztecas, hasta las estrellas estaban agrupadas en ejércitos hostiles de Oriente y Occidente.

Si bien las prácticas aldeanas, con un sentido de mayor cooperación, mantuvieron su vigencia en el taller y los campos, es precisamente en las nuevas funciones de la ciudad donde el látigo y la porra —llamada cortésmente cetro— se hicieron sentir. Con el tiempo, el cultivador aldeano aprendería muchas mañas y evasivas para resistir la coerción y las exigencias de los representantes del gobierno; hasta su aparente estupidez sería, a menudo, un procedimiento para no oír órdenes que se proponía no cumplir. Pero los que estaban atrapados en la ciudad casi lo único que podían hacer era obedecer, tanto si eran abiertamente esclavizados como si estaban dominados con más sutileza. Para conservar su respeto por sí mismo, en medio de todas las nuevas imposiciones de las clases dominantes, el súbdito urbano, que aún no era un ciudadano pleno, identificaría sus propios intereses con los de sus amos. Aparte de oponerse con éxito a un conquistador, lo mejor que se puede hacer es unírsele y esperar que a uno le toque algo del botín en perspectiva.

Casi desde su primer momento de existencia, la ciudad, a pesar de su apariencia de protección y seguridad, fue acompañada no solo de la previsión de un asalto desde fuera sino también de una lucha intensificada en su interior: un millar de pequeñas guerras se

hicieron en la plaza del mercado, en los tribunales, en el juego de pelota o en la arena. Heródoto fue testigo ocular de una sangrienta lucha ritual con garrotes entre las fuerzas de la luz y las de las tinieblas, que se celebraba en el interior de un templo egipcio. Ejercer el poder en todas las formas era la esencia de la civilización, y la ciudad halló decenas de modos de expresar la lucha, la agresión, la dominación, la conquista... y la servidumbre. ¿Tiene algo de sorprendente que el hombre arcaico volviera su memoria hacia el periodo «anterior» a la ciudad como si se tratara de una Edad de Oro, o que, como Hesíodo, considerara que cada perfeccionamiento de la metalurgia y de las armas era un menoscabo de las perspectivas de la vida, de modo que el estado humano más bajo fue el de la Edad de Hierro? (Él no podía prever cuánto más degradarían al hombre las exactas técnicas científicas del exterminio total mediante agentes nucleares o bacterianos).

Ahora bien, todos los fenómenos orgánicos tienen sus límites de crecimiento y extensión, que se establecen por su misma necesidad de permanecer autónomos, abasteciéndose y dirigiéndose a sí mismos: solo pueden desarrollarse a expensas de sus vecinos si pierden las comodidades mismas con las que las actividades de estos contribuyen a sus propias vidas. Las pequeñas sociedades primitivas aceptaban estas limitaciones y este equilibrio dinámico, tal como lo registran las comunidades ecológicas naturales.

Las comunidades urbanas, entregadas de lleno a la nueva expansión del poder, perdieron este sentido de los límites: el culto al poder se regodeaba en su misma ostentación sin freno. Ofrecía los deleites de un juego por puro placer, así como las recompensas del trabajo sin necesidad de la rutina diaria, mediante la rapiña a gran escala y la esclavización al por mayor. El firmamento era el único límite. Tenemos la prueba de este súbito sentido de exaltación en las dimensiones cada vez mayores de las grandes pirámides; del mismo modo que tenemos su representación mitológica en la historia de la ambiciosa torre de Babel, a la que puso fin una incapacidad de comunicación que una excesiva extensión del

territorio lingüístico y de la cultura puede haber producido una y otra vez.

Ese ciclo de expansión indefinida de ciudad a imperio es fácil de seguir. A medida que la población de la ciudad aumentaba, se hacía necesario extender la superficie inmediata de producción de alimentos o bien ampliar las líneas de abastecimiento y aprovechar los artículos de consumo de otra ciudad, ya por cooperación, trueque o comercio, ya por tributo forzado, expropiación y exterminio. ¿Rapiña o simbiosis? ¿Conquista o cooperación? Un mito de poder solo conoce una respuesta. El mismo éxito de la civilización urbana sancionó así los hábitos y reclamos belicosos que continuamente la minaron y anularon sus beneficios. Lo que empezó como una gotita se hinchó forzosamente hasta constituir una iridiscente pompa imperial de jabón, imponente por sus dimensiones, pero frágil en proporción a su tamaño. Carentes de una cohesión interna, las capitales más guerreras se veían presionadas para continuar la técnica de la expansión, a fin de que el poder no volviera a la aldea autónoma y los centros urbanos donde floreciera inicialmente. Este retroceso se produjo, de hecho, durante el interregno feudal en Egipto.

Si interpreto correctamente los datos, las formas cooperativas de convivencia urbana se vieron socavadas y viciadas desde el comienzo por los mitos destructivos y fanáticos que acompañaron, y tal vez en parte causaron, la exorbitante expansión de poderío físico y destreza tecnológica. La simbiosis urbana positiva fue reiteradamente desplazada por una simbiosis negativa, igualmente compleja. Tan conscientes eran los gobernantes de la Edad de Bronce de esos desastrosos resultados negativos que a veces contrapesaban sus abundantes fanfarronadas de conquistas y exterminio con alusiones a sus actividades en bien de la paz y la justicia. Por ejemplo, Hammurabi proclamaría orgullosamente: «Puse fin a la guerra; promoví el bienestar del país; hice que las gentes reposaran en moradas amistosas; no permití que nadie las aterrorizara». Pero, apenas salieron de su boca estas palabras,

comenzó de nuevo el ciclo de expansión, explotación y destrucción. En los términos favorables que deseaban dioses y reyes, ninguna ciudad podía lograr su expansión a menos que arruinara y destruyera otras ciudades.

Así, la más preciosa invención colectiva de la civilización, la ciudad, a la que solo precede el lenguaje en la transmisión de cultura, se convirtió desde el principio en el receptáculo de nocivas fuerzas internas, orientadas hacia el exterminio y la destrucción constantes. Como consecuencia de tan arraigada herencia, la supervivencia misma de la civilización o, para ser más exactos, de alguna parte considerable e incólume de la especie humana, está ahora en duda; y durante largo tiempo puede seguir en duda, cualesquiera sean los arreglos provisionales que se hagan. Como ya hace mucho destacara *sir* Patrick Geddes, cada civilización histórica se inicia con un núcleo urbano vivo, la *polis*, y termina en un cementerio común de polvo y huesos, una necrópolis o ciudad de los muertos; colmada de ruinas abrasadas por el fuego, de edificios demolidos, de talleres vacíos, de montañas de residuos inútiles, con la población masacrada o sometida a esclavitud.

Leemos en el libro de los Jueces: «Todo aquel día estuvo Abimélec atacando a la ciudad. Cuando la tomó, mató a la población, arrasó la ciudad y la sembró de sal». El terror de este episodio final, con su fría miseria y su absoluta desesperación, es la culminación humana hacia la que se dirige la *Ilíada*; pero, ya mucho antes de ese episodio, como demostró Heinrich Schliemann, otras seis ciudades habían sido destruidas; y mucho antes de la *Ilíada* se encuentra un lamento, igual de amargo y sentido, por esa maravilla entre las ciudades antiguas, la misma Ur, un gemido que sale de la diosa de la ciudad:

Verdaderamente todos mis pájaros y criaturas aladas han volado,
«¡Ay!, por mi ciudad», es lo que diré.
«Mis hijas y mis hijos han sido arrastrados lejos,
¡Ay! por mis hombres», es lo que diré.
«Oh ciudad mía que no existes más, mi [ciudad] atacada sin motivo.

¡Oh mi [ciudad] atacada y destruida!». [2]

Por último, considérese la inscripción de Senaquerib, sobre la aniquilación total de Babilonia: «La ciudad y [sus] casas, desde los cimientos hasta los techos, yo destruí, yo devasté, yo quemé con fuego. El muro y la muralla exterior, los templos y dioses, las torres de ladrillo y tierra de los templos, todas cuantas había, arrasé y tiré al canal de Arakhtu. Por el medio de esa ciudad cavé canales, inundé su solar con agua, y los cimientos mismos de ella destruí. Hice que su destrucción fuera más completa que si hubiera habido un diluvio». Tanto el acto como su moraleja anticipan las feroces extravagancias de nuestra época nuclear: de lo único que carecía Senaquerib era de nuestra veloz destreza científica y de nuestra gigantesca hipocresía, que nos permiten ocultar, hasta de nosotros mismos, nuestras intenciones.

No obstante, una y otra vez las fuerzas positivas de la cooperación y la comunión sentimental han hecho que las gentes volvieran a los solares urbanos devastados, «para reparar las ciudades en ruinas, la desolación de muchas generaciones». Es irónico —pero también un consuelo— que las ciudades hayan sobrevivido reiteradamente a los imperios militares que, en apariencia, las destruyeron para siempre. Damasco, Bagdad, Jerusalén y Atenas siguen en los mismos terrenos que ocupaban inicialmente, vivas, aunque poco más que fragmentos de sus antiguos cimientos queden a la vista.

Los desmanes crónicos de la vida en la ciudad bien podrían haber causado su abandono, y hasta podrían haber llevado a una renuncia generalizada de la vida urbana y todos sus dones ambivalentes, de no haber sido por un hecho: el constante reclutamiento de nueva vida, fresca y tosca, procedente de las regiones rurales, vida llena de fuerza muscular elemental, de vitalidad sexual, de celo de procrear, de fe animal. Estas gentes de campo vuelven a llenar las ciudades con su sangre y, más todavía, con sus esperanzas. Incluso hoy mismo, según el geógrafo francés

Max Sorre, las cuatro quintas partes de la población del mundo viven en aldeas, funcionalmente más próximas a su prototipo neolítico que a las metrópolis muy organizadas que han empezado a absorber a la aldea hacia sus órbitas y, cada vez con más rapidez, a minar su antiguo modo de vida. Pero no bien permitamos que la aldea desaparezca, este antiguo factor de seguridad se desvanecerá. La humanidad todavía tiene que reconocer este peligro y eludirlo.